

Recensioni

Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica, preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Madrid, Rialp, 2004, 3ª ed. corregida y aumentada, 1237 pp.

En febrero de 2002 veía la luz la edición de *Camino* preparada por el profesor Pedro Rodríguez, tras varios años de ímprobo trabajo de investigación, para presentar un texto crítico y anotado de una de las obras ascéticas más editadas y leídas del siglo XX. Tres meses después ofrecía ya una segunda edición, con corrección de erratas. Al cabo de dos años, en mayo de 2004, apareció la tercera edición corregida y aumentada, con importantes adiciones, precisiones, etc., que he leído y trabajado para elaborar esta recensión. No obstante he consultado las dos anteriores para identificar las adiciones y las correcciones. Y he tenido en cuenta las valiosas aportaciones de estudiosos de diversos ámbitos científicos publicadas por Constantino Ánchel en *En torno a la edición crítica de Camino. Análisis y reflexiones* (Madrid, Rialp, 2003).

Es una obra sin precedentes en los estudios filológicos hispánicos. Después me referiré a la naturaleza precisa de esta edición. Vaya por delante, sin embargo, el reconocimiento de una exigente y meticulosa labor de estudio filológico, histórico y teológico del texto, de un exhaustivo rastreo de fuentes para la anotación y cotejo, y también de una cuidadísima disposición de los materiales y redacción de los comentarios, notas y estudio preliminar. Podrá mejorarse esta tercera edición merced al estudio del texto y de las fuentes conocidas y a la identificación de otras nuevas, pero es difícil que alguien pueda acometer con más rigor y acierto el estudio de la génesis de *Camino*.

Oportunidad

El libro más conocido de san Josemaría merecía, sin duda, un esfuerzo que no dudo en calificar de titánico. Muchas otras obras literarias –religiosas y profanas– pueden ahora envidiar con motivo la labor realizada sobre los 999 puntos de *Camino*, que ha recibido del profesor Rodríguez la atención que no se ha prestado ni de lejos a tantos libros clásicos de la tradición literaria hispánica. No pretendo establecer una

analogía entre los textos sino entre los estudios. En este sentido, sólo algunas obras de Quevedo, el *Quijote* y unos pocos dramas del Siglo de Oro pueden compararsele. Obras consideradas capitales como *La Celestina* todavía esperan, por ejemplo, una anotación filológica que pueda tenerse, con todas las salvedades que se quiera, por definitiva. Sin embargo, *Camino* ha conocido ya su *editio magna*, de insustituible consulta para cualquier edición futura, ya del texto original, ya de traducciones a lenguas modernas.

¿Necesitaba *Camino* una edición crítica? Es deseable para toda obra literaria o científica de gran difusión, pero sólo es indispensable cuando la tradición textual es problemática y no se sabe cuál es el original, la versión que responde a la más acabada voluntad del autor. No es el caso de *Camino*, cuyas mínimas variantes textuales (variantes en sentido estricto, no erratas) son siempre de autor. Puede decirse, por tanto, que a su muerte dejaba una redacción filológicamente fiable. Pero a *Camino* precedieron *Consideraciones Espirituales* (Cec, Cuenca, 1934) y los dos fascículos de *Consideraciones espirituales* de Madrid (*Cem*, 1932 y 1933), que contenían parte de lo que en 1938-1939 el autor convertiría en *Camino*. Así, el texto editado en Valencia en 1939, sustancialmente igual al de todas las ediciones de *Camino* hasta hoy, tiene una compleja historia redaccional. Ésta es la principal aportación –que no la única– del trabajo del profesor Rodríguez: cómo y cuándo el autor fue componiendo *Camino*. Resulta obvio que su indagación no sólo nos facilita una mayor comprensión del libro sino también un mejor conocimiento de la figura de san Josemaría. Si esto es así en cualquier texto literario, mucho más cuando es fuertemente autobiográfico, como es el caso.

Disposición de la obra

El volumen del profesor Rodríguez contiene en realidad varios trabajos científicos en las apretadas 1237 páginas de lo que formalmente pasa por ser una edición pero es, de hecho, una sólida y multiforme monografía de investigación filológica.

El cuerpo de la obra es lógicamente la edición de los 999 puntos de *Camino* y de su “Prólogo al lector” (pp. 207-1052), con los comentarios, el aparato crítico y las notas. Los comentarios se ofrecen tras cada unidad de texto (los “puntos” o sentencias), y las variantes textuales y las notas al pie de la página, lo que no facilita la lectura de corrido del libro pero sí la consulta (y ésta es una obra de consulta, sobre todo), evitando molestas remisiones a otros lugares del volumen.

Al texto crítico comentado y anotado preceden los preliminares (pp. XIII-XLII) y la generosa “Introducción general” (pp. 1-206). Los preliminares son: un “Prólogo” del Prelado del Opus Dei a la primera edición, fechado en noviembre de 2001 (pp. XIII-XIV); una nota editorial sobre el proyecto de edición de las obras completas de san Josemaría (pp. XV-XVII); tres notas del autor, “Al lector” (pp. XVII-XX), “Nota a la segunda edición” (p. XXI) y “Nota a la tercera edición” (pp. XXII-XXIII); “Siglas y abreviaturas” (pp. XXV-XXXV); y finalmente, una sucinta “Cronología de Josemaría Escrivá” (pp. XXXVII-XLII).

La “Introducción general” es por sí misma una monografía sobre *Camino*, organizada en cinco capítulos y articulada a la vez en catorce epígrafes. Los capítulos, más que apartados, están dedicados a san Josemaría (pp. 3-16); a la historia de la redacción de *Camino* (pp. 17-122); a la descripción y análisis de los materiales o fuentes manejados para la edición (pp. 123-151); al género literario, finalidad y estructura de *Camino* (pp. 153-189); y a la descripción del aparato crítico y de las notas de documentación (pp. 193-206).

Al texto editado, anotado y comentado, suceden los postliminarios, de gran utilidad para la consulta y manejo de la obra, algunos de los cuales son en sí mismos documentos. En primer lugar, los seis “Apéndices” (pp. 1053-1088), que contienen las “Piezas de la tradición editorial”. A saber: la “Introducción” de mons. Lauzurica (19.III.1939); las “Notas” y “Dedicatorias” del autor a distintas ediciones; las “Notas” editoriales a diversas ediciones; el “Índice de conceptos” o analítico tomado de la vigesimonovena edición (1975, última en vida del autor); el “Índice bíblico” de textos citados en *Camino*, tomado de la vigesimoséptima edición (1973); y en sexto lugar, el “Elenco de ediciones y otros datos editoriales”.

A continuación, se editan, en tres “Anexos” (pp. 1089-1157) –*Cem32*, *Cem33* y *Cec-*, textos bibliográficamente raros y hasta ahora de difícil acceso, pero imprescindibles para el conocimiento de la historia textual de *Camino*.

Finalmente, siguen los “Índices” del volumen (pp. 1159-1237): índice cronológico de los puntos de *Camino*, índice de textos de la Sagrada Escritura, índice analítico, índice onomástico y toponímico e índice general. El índice cronológico de los puntos es del todo novedoso y de extraordinario interés, pues condensa en una cronología de pocas páginas años de trabajo de Pedro Rodríguez y una de las grandes aportaciones de su edición: la datación exacta de la mitad de los puntos de *Camino*, redactados entre el 13.III.1930 (hay seis puntos “anteriores a 1930”) y el 9.I.1939 (hay un punto añadido por el autor en 1949). Se trata de algo insólito, sobre todo tratándose de una obra del género gnómico o sapiencial, compuesta de sentencias o aforismos de diversa procedencia.

Metodología

La investigación del profesor Rodríguez ha sido rigurosa. El rastreo de fuentes, su descripción y catalogación, su cotejo con el *textus receptus* de *Camino*, etc., son impecables. Ciertamente, no había necesidad de reconstruir el original, ni arquetipos intermedios, como en la mayor parte de ediciones críticas. Pero sí ha cabido una reconstrucción o recreación del proceso de redacción de *Camino*, sumamente revelador de la personalidad y pensamiento del autor. Tras esta edición serán mucho más fáciles los estudios sobre el género, la doctrina espiritual y las cualidades estéticas de la obra.

En primer lugar, se ha hecho un acertado uso de las que pudieran llamarse fuentes redaccionales: textos del autor previos a *Camino* presentes de una forma más o menos literal en él. Ahí se cuentan desde pequeñas fichas y octavillas de papel reutilizado

hasta las ediciones (a velógrafo y en imprenta) de *Cem* y *Cec*, pasando por los distintos cuadernos que recogen los *Apuntes íntimos* (*Apínt*) y guiones de predicación. Un trabajo sereno y arduo de cotejo de textos, una vez descritos y ordenados todos los materiales, ha permitido identificar el origen, la fecha y otras circunstancias de muchos puntos de *Camino*. Todo ello está bien recogido y expuesto en los comentarios y en las notas de la edición.

De distinto signo es la búsqueda de fuentes literarias del texto. Se sabe a estas alturas que una gran parte de los puntos tiene su origen en la vida del autor: nacen de vivencias y de la correspondencia de san Josemaría en los años treinta. Sin embargo, amén de la referencia constante a citas de la Escritura, afloran en *Camino* lecturas espirituales y profanas del autor: en unos casos de autores lejanos en el tiempo (Padres de la Iglesia, sobre todo), en otros místicos y literatos del Siglo de Oro (santa Teresa, san Juan de la Cruz, Alonso de Madrid, Antonio Panes, etc.), y en no pocas textos de santa Teresita o de autores aún más cercanos en el espacio y en el tiempo, como Francisca Javiera del Valle, cuyo ejemplar del *Decenario* anotado por san Josemaría ha sido también examinado por el autor.

Hay un tercer corpus de textos utilizados para la edición que no son propiamente fuentes sino más bien frases paralelas, que ilustran bien el sentido y alcance de determinados conceptos y expresiones del autor. Ahí tienen cabida citas bíblicas, clásicos de la espiritualidad católica, como los *Ejercicios* de san Ignacio, así como autoridades literarias clásicas y modernas, religiosas y profanas. La utilización de este tipo de referencias requiere buen tino, pues es muy fácil caer en la prolijidad, oscureciendo el texto anotado y desviando la atención del lector. Entiendo que el autor ha sido parco en la mayoría de los casos, y que los textos citados o referidos cumplen su función: ilustrar el sentido del punto anotado mediante lugares paralelos procedentes de otras autoridades teológicas y literarias.

El aporte de materiales de la investigación en forma de comentarios y notas a cada uno de los puntos ha sido una sabia decisión del profesor Rodríguez. Si bien se sirve de ellos en el largo estudio introductorio, la mayor parte de fuentes y documentos son utilizados conforme lo exige la anotación de los 999 puntos. Ya dije antes que tal disposición no favorece la lectura de corrido de *Camino*; diría más, tampoco hace fácil ni amena la lectura continua del conjunto de puntos y comentarios, pero es la más adecuada para iluminar el original (función de todo anotador) sin escamotearlo, sin quitarle la palabra, sin violentar su sentido. La edición que comentamos contiene sin duda –es tan inevitable como necesario– interpretación del texto, pero las más de las veces se deja al lector que saque sus conclusiones tras la lectura de un punto y de sus comentarios y notas.

No obstante, puede formularse en este sentido una pequeña objeción. En el estudio preliminar, en el capítulo “Género literario, finalidad y estructura de *Camino*”, se postula una estructura semántica para el texto, articulado en tres partes: “Seguir a Cristo: los comienzos del camino” (caps. 1-21), “Hacia la santidad: caminar *in Ecclesia*” (caps. 22-35) y “Plenamente en Cristo: llamada y misión” (caps. 36-46).

En cada uno de ellos distingue a su vez dos apartados o secciones. La propuesta está bien fundamentada y es más que verosímil. Los estudiosos deberán determinar ahora hasta qué punto refleja bien la naturaleza y estructura del libro; y posiblemente concluyan que es un hallazgo que ilumina su lectura. Pero entiendo también que no es pertinente que en el índice y en la edición misma del texto (cfr. pp. 213, 662 y 861) se ofrezca esa división en partes, aunque sea entre corchetes, que deben utilizarse más bien cuando se quiere restaurar una lección que se supone perdida o deturpada, a partir de algún testimonio textual o bien *ope ingenii*. En ninguna edición de *Camino* hasta hoy aparecía esa distribución en partes; su existencia debe ser considerada en estudios o a lo sumo en comentarios o notas, pero nunca a mi juicio “afirmada” en el cuerpo del libro. Sí cabe numerar los capítulos, aunque no lo estén en el *textus receptus* (por eso lo hace mediante corchetes); pero no conviene, pienso, estructurar o dividir la obra según criterios que no son estrictamente del autor.

¿Edición crítica?

A cualquiera mínimamente versado en crítica textual le sorprenderá el marbete “crítico-histórica” aplicado a esta modélica edición, que sólo en parte (y la menos importante, sin duda) es una edición crítica. Aparece el doblete más de quince veces en los preliminares y estudio introductorio (también en la forma inversa, “histórico-crítica”). Y en la dedicatoria del profesor Rodríguez se habla de “edición crítica”, sin añadir el segundo adjetivo.

Hacer una simple edición crítica de *Camino*, con ser algo meritorio, no requería esfuerzo ni talento especiales. Se disponía de un *textus receptus* seguro –fijado por el autor en vida–, de la edición príncipe, de ejemplares de todas las ediciones, etc. Sin embargo, aquí se ofrece un texto crítico seguro y limpio, con un aparato de variantes que va más allá de lo requerido, pues ofrece muchas que lo son simplemente de textos anteriores (*Apint*, *Cem*, *Cec*, textos de la predicación a los refugiados en la Legación de Honduras en 1937, las “gaiticas” –breves anotaciones en piezas pequeñas de papel–), lo cual ya significa una aportación valiosísima que va más allá de lo que una edición crítica exige. Luego el término “crítica” (en doblete con “histórica” o en solitario) no avalora en absoluto el hercúleo trabajo del profesor Rodríguez sino que en todo caso lo oscurece. Ciertamente, para el común de los lectores el adjetivo “crítica” puede conferir una aureola de seriedad a la edición, pero resulta una denominación impropia e insuficiente. ¿Queda compensada esa inadecuación con la utilización del segundo adjetivo del doblete? Sí, pero sólo en parte. Preferiría llamarle edición anotada o edición genética. Reconozco que pueden parecer denominaciones poco usuales en la portada de un libro, pero reflejarían mejor la epopeya del autor del volumen aquí reseñado, que ha conseguido no sólo explicarnos hasta los últimos recovecos el sentido literal y figurado de *Camino*, sino que ha dado razón de cuándo y cómo se compusieron los puntos, de su posición en las distintas fases redaccionales, e incluso algunas veces sugiere hipotéticos pero convincentes porqués. Esta edición, repito, es mucho más que una edición crítica. Es un tipo de edición sin apenas precedentes en

el Hispanismo y, desde luego, infrecuente en la edición de libros de espiritualidad. No obstante, mucho ha considerado el editor la oportunidad de llamar “crítico-histórica” a su edición, por lo que todo lo anterior no se propone como enmienda sino como mera sugerencia de trabajo, para futuras ediciones análogas.

¿Edición modelo?

No sé qué habrá pesado más en la Comisión coordinadora de la edición de las obras completas de san Josemaría Escrivá para empezar por *Camino*, mas sin duda han acertado. Se trata del texto más difundido de los muchos que dejó san Josemaría y con una recepción amplia y diversa que ha dado ya probados frutos de santidad en los cinco continentes. Al mismo tiempo, la documentación reunida y estudiada por el profesor Rodríguez –se deduce de la lectura de su edición que no era consciente en un principio de la riqueza del material que iba a encontrar– es extraordinaria en número y en calidad. No es probable que los editores de otros textos más breves o menos complejos –pienso en *Santo Rosario* y en *Conversaciones*– cuenten con tan precioso auxilio documental. Sin embargo, puede decirse que la edición de Pedro Rodríguez es paradigmática y, por tanto, modelo para el resto de editores de las obras completas. El uso de las fuentes, el rigor en la descripción, clasificación y análisis no pueden ser menores en la edición del resto del corpus. Lo mismo puede decirse de la anotación; si no se dispondrá siempre del enorme caudal que suponen las obras previas a *Camino*, los *Apuntes íntimos* y otra documentación escrita, sí se deberá proceder con extremado rigor en el manejo de las fuentes que he llamado literarias y de los lugares paralelos, técnica en la que la presente edición es modélica.

El estudio introductorio

Como decía, la introducción del profesor Rodríguez a su edición constituye por sí misma una importante monografía sobre el texto; es de hecho la contribución más importante que hasta la fecha se ha hecho sobre la génesis y la estructura de *Camino*.

El primero de los cinco capítulos, el dedicado al autor, ofrece unos “Rasgos biográficos” (pp. 3-12) y una primera aproximación a su bibliografía (pp. 13-16), donde da cuenta de los distintos tipos de textos escritos que dejó san Josemaría. Tras referirse a sus obras publicadas, ya en vida, ya póstumamente, llama la atención sobre la gran cantidad de material escrito relacionado con su predicación oral, tan útil a la hora de anotar los puntos de *Camino*.

En el tercer capítulo (pp. 122-151) se describen pormenorizadamente los materiales textuales de la edición crítica; a saber:

a) El “borrador” de *Camino*, compuesto del ejemplar de *Cec* anotado y utilizado por el autor para la composición del original, y las 550 octavillas en las que se contiene el borrador autógrafo de los materiales que san Josemaría integra en 1938 con los de *Cec*. El estudio de estos materiales le retrotrae a otros, como son las “gaiticas”,

la correspondencia de esos años, los guiones de predicación conservados y la transcripción de las meditaciones en la Legación de Honduras.

b) El “manuscrito original” de *Camino*, entendiéndose por tal el mecanografiado por el propio autor, pero no autógrafo, que se entregó a una imprenta valenciana en junio de 1939.

c) Las distintas ediciones de *Camino*, desde la príncipe (1939) hasta la última hecha en vida del autor (1975).

El quinto capítulo, “Descripción del aparato crítico y de las notas de documentación” (pp. 193-206) es de carácter práctico; viene a ser un breve manual de manejo de la edición, una brújula para el piélagos de datos, siglas y remisiones que pueblan el aparato crítico, los comentarios y las notas.

Pero lo verdaderamente enjundioso del estudio introductorio son los capítulos segundo y cuarto. Ahí el autor del presente volumen saca partido a la copiosa documentación que ha conseguido reunir a lo largo de su trabajo. Se podría decir que la *almendra* del volumen es el capítulo segundo (pp. 17-122), que trata de la redacción y edición de *Camino*. Pedro Rodríguez hace gala de su talante investigador (y aun detectivesco), y también de una paciencia y una minuciosidad encomiables. Consigue relacionar paso a paso todas las piezas de la tradición textual, desde la octavilla suelta aparentemente menos relevante hasta la edición príncipe de 1939. Y lejos de agotar al lector con tediosas enumeraciones y descripciones, consigue despertar su interés al convertir la narración de sus pesquisas en una *quasi* novela policiaca. Sobresalen entre los materiales examinados unos muy especiales que habrán estimulado la curiosidad de todo lector: los nueve cuadernos de *Apuntes íntimos* (sólo se conservan ocho, pues el primero fue destruido por san Josemaría), donde transcribía vivencias, mociones y pensamientos muy íntimos de los primeros años de trabajo fundacional, que alimentaban su vida de oración y de los que se servía en las conversaciones con su confesor. Todo ese material fue cuidadosamente anotado por mons. Álvaro del Portillo a la muerte del autor. Su contenido es precioso no ya para conocer la génesis de *Camino* –pues su larga gestación y los *Apínt* son coetáneos– sino para hacerse cargo de la talla espiritual del joven fundador.

El cuarto capítulo (pp. 153-191) es el más creativo, por su misma naturaleza, ya que ahí el profesor Rodríguez se enfrenta a difíciles cuestiones que exigen una interpretación personal: el género literario de *Camino* –en cualquier caso híbrido, a caballo de distintas categorías taxonómicas acuñadas por la crítica literaria–, su finalidad y su estructura. Si lo expuesto en los otros cuatro capítulos de la introducción difícilmente admite réplica, aquí ha entrado de lleno en el terreno de la hipótesis y de la opinión. Los estudiosos tienen ahora la palabra para aprovechar las claves hermenéuticas propuestas por el profesor Rodríguez o para disentir y proponer otras. Partirán de la innegable pero poco precisa adscripción al género aforístico y deberán aquilatar sus criterios a la luz de la *intentio* espiritual del texto (p. 153), categoría escurridiza y peligrosa, pero ineludible tras el trabajo de disección, análisis y reconstrucción reali-

zado por el editor. Y estarán, sin duda, en mejores condiciones de valorar la dimensión específicamente estética y literaria de *Camino*.

Futuras ediciones

Por último, quiero incidir otra vez en lo novedoso del trabajo del profesor Rodríguez y de lo “definitivo” –no hay nunca nada definitivo en los estudios filológicos– de su edición, referencia inexcusable no sólo para los estudiosos de la vida y obra de san Josemaría y de la Teología espiritual, sino para cualquier editor y anotador de textos literarios o científicos. Se siga o no la pauta del autor de este volumen en el resto de obras de san Josemaría, el nivel alcanzado por su buen hacer es muy alto y también por tanto las expectativas generadas. No quisiera sin embargo concluir sin proponer algo que la edición del profesor Rodríguez ha puesto de manifiesto: *Camino* pide ser editado con anotación. No ya para el estudioso sino para todo lector. Ya se ha hecho en alguna edición en otra lengua (London, Scepter, 2001, edición bilingüe). El trabajo realizado permitiría a futuros editores –será bueno que la anotación vaya firmada– presentar el texto con más o menos notas que contextualicen y aclaren lugares, citas y giros de san Josemaría que, por su especial riqueza y profundidad espiritual o por otras razones de tipo lingüístico o histórico, requieren el auxilio de una sucinta y sobria nota filológica. Considero no obstante que el más indicado para dar a la imprenta una edición anotada es el propio Pedro Rodríguez.

Asimismo, ha puesto de manifiesto, puesto que ha accedido a una documentación preciosa de y sobre san Josemaría, la conveniencia de que se editen *quam primum* de forma análoga el resto de sus escritos, incluido el epistolario, que en esta edición asoman tímidamente cual punta de iceberg y maravillan al lector por su riqueza teológica, antropológica y estética. No en vano san Josemaría, tras su canonización, se ha convertido en patrimonio común de la Iglesia y de la Humanidad. Y en este turbulento comienzo del tercer milenio serán pocas todas las luces que alumbren el caminar fatigoso e inseguro de los hombres de buena voluntad hacia la Verdad y la Vida.

Francisco Crosas

Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *The Founder of Opus Dei. The Life of Josemaría Escrivá*. Volume I: *The Early Years*, Princeton (N.J.), Scepter Publishers, 2001; Volume II: *God and daring*, New York, 2003; Volume III: *The Divine Ways on Earth*, New York, 2005*.

Andrés Vázquez de Prada's three volume biography of St. Josemaría Escrivá breaks entirely new ground and presents a far more detailed and nuanced portrait of St. Josemaría than any previous work.

Sources

Vázquez de Prada relies heavily on the testimony which was collected as part of St. Josemaría's process of beatification and canonization. The fact that the process began only six years after St. Josemaría's death made it possible to take both the written and oral testimony of numerous people who knew him from the 1930s on, and even of some who knew him earlier. Of particular importance is the testimony of his successor, Bishop Álvaro del Portillo, who worked closely with him for more than 35 years, and of Bishop Javier Echevarría, who served as his secretary from 1952 until St. Josemaría's death in 1975. The author also makes use of information collected from hundreds of other men and women, including many written testimonies of people who were not called as official witnesses but who wrote down their recollections of St. Josemaría and sent them to the postulator of his cause.

The author also relies heavily on previously unpublished materials from the General Archive of the Prelature of Opus Dei. An historian perusing the biography's numerous footnotes cannot help but be impressed by the depth and richness of the sources the archive contains. Vázquez de Prada's careful record in footnote of the sources on which he draws will prove helpful to future historians once the archives are open to consultation. For most readers, however, the many footnotes which merely indicate where in the archives documents can be found add to the bulk of the work without providing any useful information. It would be a shame if the abundance of footnotes which contain little of interest for the non-professional reader were to discourage most readers from looking at the notes. Since some of them contain very useful information.

* Original was published as *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. I: *¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997; *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. II: *Dios y audacia*, Madrid, Rialp, 2002; *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. III: *Los caminos divinos de la tierra*, Madrid, Rialp, 2003. Translations: volume I in Italian (Milano, Leonardo International, 1999), German (Köln, Adamas Verlag, 2001), French (Paris-Montréal, Le Laulier-Wilson & Lafleur Ltée, 2001), Portuguese (Lisboa, Verbo, 2002; São Paulo, Quadrante, 2004) and Polish (Ksiegarńia Św. Jacka, 2002); volume II in Italian (Milano, Leonardo International, 2003), French (Paris - Montréal, Le Laulier - Wilson & Lafleur Ltée, 2003), Polish (Ksiegarńia Św. Jacka, 2003), Portuguese (São Paulo, Quadrante, 2004) and German (Köln, Adamas Verlag, 2004); volume III in Italian (Milano, Leonardo International, 2004) and Portuguese (São Paulo, Quadrante, 2004).

The founder of Opus Dei had a strong sense of history that led him to save copies of his voluminous correspondence. Vázquez de Prada gives no indication of how many letters have been preserved, but it seems the number is large. Despite the extraordinary difficulty of preserving documents during the three-year Spanish Civil War, there are at least 170 letters from the period before the outbreak of that war on July 17, 1936. In the years after the Civil War, it is not unusual to find 3, 4, and even 5 letters written on a single date. These letters provide information about St. Josemaría's activities, whereabouts and situation on specific dates. Even more importantly they provide glimpses into his attitudes and dispositions and his relations with his correspondents. After visiting several of his sons in Zaragoza during the Civil War, for instance he wrote them the following: "Who can fathom the human heart? Can you believe that till the very last minute, I kept looking to see if you would come before the train left? Now I feel a little remorseful for not having been more generous with my Lord Jesús, because I told you not to come to say good-bye to me... [and then I kept] longing to see you and talk with you a few minutes and give you all a hug". (Letter to his sons in Zaragoza, Vitoria, September 4, 1938; quoted in II, p. 236).

Even more important than Escrivá's correspondence are the notes he took over many years, which Vázquez de Prada refers to as "personal notes". The earliest surviving note dates from March, 1930. Escrivá began to take notes around 1920, but he later destroyed the notebook which covered the period prior to March, 1930. Many notes, however, allude to and throw light on earlier events.

Escrivá described his notes as "candid notes" and called them "Catalinas" ["Catherines"] out of devotion to St. Catherine of Siena whose outspokenness and love for the Church and the Pope he especially admired (*Personal Notes*, n. 1862, Roma, 14-VI-1948; quoted in I, p. 255). He wrote them, he says, "because I feel urged to preserve not only the inspirations of God—I very firmly believe they are divine inspirations—but also other things in my life that have served, and could serve, for my spiritual benefit and help my father confessor get to know me better". (*Personal Notes*, n. 167, February 1931; quoted in I, p. 255).

Throughout his life Escrivá was reticent about speaking of his interior life and the graces he received from God. Even in this notes which were not intended for publication he often silences mystical aspects of his prayer and tries to "make everything as impersonal as possible." (*Personal Notes*, n. 713, quoted in I, p. 256). Despite these limitations, the *Personal Notes* offer us a window into his soul and give us a vivid sense of the tone and content of his dealings with God and with the Blessed Virgin. In a note taken on December 3, 1931, for instance, we read: "This morning I backtracked and became a little boy, to greet our Lady before her statue on Atocha Street, at the top of the house the Congregation of St. Philip Neri has there. I had forgotten to greet her. What little boy misses a chance to tell his mother he loves her? My Lady, may I never become an ex-child" (*Personal Notes*, n. 446, quoted in I, p. 257).

In addition to materials found in Opus Dei's archives, the author also uses documents from a number of other sources including parochial archives (Appendix 7,

Vol. I, pp. 467-468), diocesan archives (Appendix 10a, Vol. I, pp. 473-475), university records (Vol. I, p. 188, n. 4), and official Spanish government archives (Vol. I, p. 408, n. 99). The documents used from sources other than Opus Dei's archives fill in small details or corroborate minor points, for example, the records of the grades Escrivá received in school (Appendix 8, Vol. I, pp. 469-470), but Vázquez de Prada's account rests squarely on the sources found in Opus Dei's archives.

Contrasting Facets of a Rich Personality

It is impossible to summarize or even catalogue in a review the contents of this sprawling three volume biography. One of the strongest impressions left with the reader is the rich diversity of Escrivá's personality and experience. He combined in apparently effortless harmony traits, attitudes, and activities which we would not normally expect to find combined in a single person's life. He was, for instance, a mystic and a builder, a lawyer given to fine legal distinctions and a poet, an executive who built a large international institution, and a father passionately interested in the details of the lives of each of his sons and daughters.

Despite Escrivá's reluctance even in his *Personal Notes* to talk about extraordinary mystical phenomenon, the material Vázquez de Prada presents leaves no doubt that he was a mystic. Perhaps the best known of his mystical experiences occurred on October 16, 1931 when, in his own words: "I felt the action of the Lord. He was making spring forth in my heart and on my lips, with the force of something imperatively necessary, this tender invocation: *Abba! Pater!* I was out on the street, in a streetcar. [...] Probably I made that prayer out loud. And I walked the streets of Madrid for maybe an hour, maybe two, I can't say; time passed, without my being aware of it. They must have thought I was crazy. I was contemplating, with lights that were not mine, that amazing truth. It was like a lighted coal burning in my soul, never to be extinguished" (*Personal Notes*, n. 60. Vol I, p. 295).

That experience was far from being an isolated one. Only a few weeks earlier, describing a locution received while celebrating Mass, he referred to hearing "a voice, perfectly clear *as always*" (Vol. I, p. 287, emphasis added) and he commented, "*Ordinarily*, before the supernatural, I feel afraid. Later comes the 'Do not be afraid. It is I'" (Vol. I, p. 288, emphasis added). These divine favors continued until the end of St. Josemaría's life. On August 6, 1970, for instance, he heard from Our Lord a phrase from the book of the prophet Isaiah, "clama ne cesses" ["cry out without ceasing"] (Is. 58, 1) encouraging him to continue praying insistently for the Church and for Opus Dei (III, p. 426). One year later, on August 23, 1971, while he was reading the newspaper, Our Lord encouraged him to pray to the Blessed Virgin with a phrase modeled on Hebrews 4,16: "Adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur" ["Let us go with confidence to the throne of glory that we may obtain mercy"]. The text of the Epistle to the Hebrews is identical except that it refers to the throne of grace rather than of glory. St. Josemaría understood Our Lord to be referring to His Mother as the throne of glory (III, p. 426).

But this mystic was also a builder. Vázquez de Prada narrates in detail the construction of Villa Tevere, Opus Dei's headquarters in Rome, especially the challenge of finding the necessary money (Vol. III, pp. 73-87, and 152-159, *passim*). Faced with what appeared to be insuperable difficulties, Escrivá refused to delay the project, cut it back to more modest proportions, or build something provisional in the hope of being able to do something better at a later date. He wrote in 1952, when the project was just getting fully underway: "We are financially drained—and must finish these buildings" (Vol. III, p. 153). In fact, construction went on for another eight years. During all that time, Escrivá remained deeply involved in the architectural planning as well as encouraging his sons and daughters all around the world to seek the money necessary to complete this ambitious project.

The paint was barely dry on the last walls of Villa Tevere when St. Josemaría turned his attention to another mammoth construction project, the Shrine of Our Lady of Torreciudad, located not far from his birthplace in Barbastro. Since at least the 1950s, he had harbored the desire of promoting shrines of Our Lady (including one dedicated to Our Lady of Fair Love somewhere in the United States, which has yet to be begun). The first fruits of that desire was to be the Shrine at Torreciudad. Escrivá's personal involvement would be much less direct and intense in the construction of Torreciudad than it had been in Villa Tevere, but once again he was the driving force behind the project, and played an active role in critical aspects of its design (Vol. III, pp. 476-480).

In 1967, when he was already 65 years old, Escrivá began yet another large scale construction project, a permanent home for the Roman College of the Holy Cross, Opus Dei's international center of formation for men, which until then had been housed in part of Villa Tevere. The fact that the plans were being drawn in Rome and that the construction site was less than a half hour away from Villa Tevere where he lived and worked made it possible for him to follow the project closely and to take an active role in its planning and construction. In fact, he inspected it three times in the month before his death (Vol. III, pp. 480-484).

Escrivá's legal mind—he held a doctorate in law from the University of Madrid—is evident in his lifelong struggle to find an adequate place for Opus Dei in the Church's legislation. As a lawyer, he was painfully aware of the importance of legal classifications and alive to the nuances of legal technique.

In 1941, for instance, the Bishop of Madrid was anxious to put his official stamp of approval on Opus Dei, in part as a way of calming the storm of criticism to which it was being subjected in certain ecclesiastical circles. The problem was that none of the categories of canon law adequately reflected the nature of Opus Dei. The least objectionable category was that of pious union, but Opus Dei was very different from what the drafters of the Code of Canon Law had in mind when they established the category and from all of the groups that had been approved as pious unions, groups like the Holy Name Society or the St. Vincent de Paul Society. It was, however, the best fit that could be found at the moment, and the need for some official approval

was urgent, so Escrivá agreed that Opus Dei should be approved as pious union. To signal, however, the provisional nature of this classification and to avoid possible future difficulties in moving into some yet-to-be-created category which would adequately reflect the reality of Opus Dei, Escrivá asked the Bishop to limit himself to granting approval without taking the more formal step of establishing Opus Dei as a pious union. This was a difference which would have escaped most people, but which the lawyer in Escrivá appreciated (Vol. II, p. 339, n. 51).

This lawyer was also a gifted writer, with the sensibility of poet. With the exception of a some poems written in his youth, he wrote neither poetry nor fiction. His literary gifts are evident, however, in his homilies and other spiritual writings. Recalling an occasion when he and a few early members of Opus Dei were meditating on the beach near Valencia, for instance, he wrote: "Late one afternoon, during one of those marvellous Valencian sunsets, we saw a boat approaching the shore. Some men jumped out, swarthy looking and strong as granite, dripping wet, stripped to the waist, so weather-burned that they might have been made of bronze. They began to haul in the net that trailed behind the boat. It was laden with fishes, all shining like silver. Their feet sank into the sand as they pulled away with amazing strength. Then all of a sudden a little boy appeared, all sunburnt too. He came up to the rope, seized it with his tiny hands and began to tug away with evident clumsiness. The tough, unsophisticated fishermen must have felt their hearts soften, for they allowed the child to join in, without chasing him away, even though he was more of a hindrance than a help. I thought of you and of myself. Of you, whom I did not know as yet, and of myself; of our daily tugging away at the rope, and of many things. If we come before God Our Lord like that child, convinced of our weakness yet ever prepared to second his plans, we shall more easily reach our goal. We shall haul the net onto the shore, bursting with an abundant catch, for the power of God reaches where our strength cannot" (*Friends of God*, n. 14).

Vázquez de Prada dedicates only a short section of his biography explicitly to Escrivá's role as organizer and chief executive of an international organization. By the time of Escrivá's death in 1975 that organization had over 65,000 members and numerous corporate activities ranging from universities to farm schools and medical dispensaries, spread out throughout Europe, North and South America, Australia, and a growing number of countries in Africa and Asia (Vol. III, pp. 197ss). An attentive reading, especially of volume III leaves the reader impressed with the organizational and executive skills that contributed to the rapid growth of Opus Dei and its ability to spread its message in vastly different environments all around the world. We would like to know more about Escrivá's style of government and especially to learn how he approached and solved specific problems that must have arisen especially in Opus Dei's early days in different countries. But despite Vázquez de Prada's lack of focus on such questions, the story he tells leaves us with the impression of an extraordinarily competent executive with broad vision and high goals.

Concern for the expansion of Opus Dei and the problems that growth brought with it did not distract Escrivá, however, from a warm personal interest in his individual sons and daughters and their personal concerns. Writing to the members of the governing body of Opus Dei in Spain, he urged them not to limit themselves to consulting him about questions that needed to be resolved but to keep him informed about daily events: “When I write you, I realize that ever since we started doing the work of government in this methodical way (which is easier and more reliable), quite a few years ago now, our letters haven’t had the same flavor as in the early days. So, since the spiritual and material problems come in ‘administrative prose’, please always include some little story whenever you write me, so I can savor the grace—the poetry—of your apostolic endeavors. It’s a good thing that when you see me, you tell me so many wonderful things. God bless you” (Quoted in III, p. 328).

For many years he made a practice of sending birthday greetings to the members of Opus Dei who turned forty, not limiting himself to a card or a standard formula but writing something different to each one: “A thousand congratulations on your fortieth spring—now starts your youth” (Quoted in III, p. 329). “Forty years, no matter how you look at it, is not a lot—two times twenty” (Quoted in III, p. 330). “A thousand greetings, for your birthday, and because I know that you, like all of us, will be forever young—ad Deum, qui laetificat iuventutem! [“God gives joy to my youth”. At the time priests said these words everyday at the beginning of Mass] “I didn’t forget today to pray specially for you, because you are now a ‘mature gentleman’—forty years old” (Quoted in III, p. 330).

When he heard that one of his sons or daughters found themselves in some special situation, he not only prayed for them but also took the time to write them. In 1964, for instance, he wrote to a priest in Spain who was overwhelmed with work: “When you find the excessive workload a bit overwhelming, remember that work—excessive work—is an incurable illness for those of us who are God’s children in Opus Dei. And smile, and pass on that good spirit to others”. (Letter to Jesús Urteaga Loidi. Quoted in III, p. 327, n. 26).

Anyone of these various facets of St. Josemaría’s personality would be interesting, but the truly fascinating aspect of Vázquez de Prada’s portrait is how these, and many other seemingly contrasting characteristics, come together to form one harmonious personality.

Further Work

One might wonder what remains to be done after this monumental biography. The answer is much. It is understandable, and perhaps inevitable, that a biography which was completed while Escrivá’s cause of canonization was still pending should focus primarily on illustrating his sanctity and should go to great lengths to insure that readers never draw any negative conclusions about him. Now, however, that Escrivá has been canonized, it is time for less hagiographic studies that concentrate less on demonstrating Escrivá’s sanctity and develop more other aspects of his life.

Much remains to be done to place Escrivá in historical context, both as regards factors that influenced him and his influence on the life of the Church. It would be interesting to explore, for instance, how Escrivá's solutions to the various problems he faced in developing Opus Dei reflect and how they transcend the culture of the society in which he was raised and the education he received in the seminary and in law school. Much also remains to be studied about how the spirit which Escrivá transmitted to Opus Dei relates to the theological discussions of the first half of the twentieth century and about the influence that the spirit and practice of Opus Dei had on the Second Vatican Council's teaching on the laity.

Vázquez de Prada's focus is strictly biographical. Escrivá's person is, however, as the title *The Founder of Opus Dei* indicates, inextricably linked to Opus Dei. We find in Vázquez de Prada an outline of Opus Dei's growth and development after the end of World War II. It would be interesting, however, to learn more about that growth and concretely about Escrivá's role, which shifted from direct personal involvement to inspiring and directing activities carried out by others, often in religious, social, and cultural environments of which he had little or no personal experience.

With the passage of time future studies will need to examine in greater depth and detail the subjects which Vázquez de Prada considered too delicate to explore fully. His account of the campaigns of criticism against Opus Dei and its founder in the 1940s, for example, is much fuller than that given by any previous author (Vol. III, pp. 334-360), but at many points the reader has the sensation that only part of the story is being told, perhaps to avoid criticizing people who are still alive or who died only recently. This sensation is even stronger when we come to his account of hostility toward Escrivá and Opus Dei in certain ecclesiastical circles in the late 1960s and early 1970s. Speaking about this hostility to Opus Dei, Vázquez de Prada, for example, raises the tantalizing issue of "how this net of suspicions and misunderstandings was being woven" but then gives no further information (Vol. III, p. 443, n. 99).

None of these suggestions for further research should be read to take anything away from Vázquez de Prada's monumental accomplishment. Those who follow after will long be indebted to his research and to the colossal effort involved in turning a vast mass of information into a coherent narrative.

John F. Coverdale

Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza. El seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002, 451 pp.

Abundan las obras de ficción basadas en el hallazgo de un documento largo tiempo oculto, encontrado por un autor afortunado que lo da a conocer. Cervantes mismo lo

empleó en su *Don Quijote* con el manuscrito de Cide Hamete Benengeli. Pues bien, la obra de Ramón Herrando, basada en su tesis doctoral, tiene, para sorpresa del lector, ese mismo comienzo, con aire de relato de aventuras: la localización de una fuente perdida. En efecto, cuando en 1975 intentó localizar la documentación del seminario de San Francisco de Paula –en el que residió Josemaría Escrivá entre 1920 y 1925–, el Archivo Diocesano de Zaragoza le informó de que se daba por destruida o perdida. Sólo a instancias de mons. Álvaro del Portillo, en 1978, reanudó la búsqueda, que esta vez dio resultado “en un lugar insospechado” de una biblioteca eclesiástica de Zaragoza: aunque desordenados y entremezclados con otros, aparecieron todos los papeles del San Francisco de Paula, que Herrando ordenó y depositó en siete cajas que constituyen hoy una sección de ese Archivo Diocesano. Al margen de la sorpresa de encontrar semejante pórtico en un trabajo como éste, el hecho refuerza una convicción muy extendida entre los profesionales de la Historia: la riqueza del patrimonio documental eclesiástico español va lamentablemente acompañada de la precaria situación de muchos de sus archivos.

Pero, por más feliz que fuera tal hallazgo, el trabajo que nos ocupa no se apoya solamente en esa documentación. Se complementa con la consulta de otros archivos eclesiásticos –los del otro seminario de la ciudad, su biblioteca, el Diocesano de Logroño, el de la Prelatura del Opus Dei, etc.–, y otros civiles como el Municipal de Zaragoza, el Universitario o el General de Simancas. El autor ha recurrido también a la recogida de datos en la prensa, especialmente en el *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Zaragoza* y *El Noticiero* –el diario católico de la ciudad–, y a otras fuentes impresas como estatutos, informes o memorias. Ahora bien, quizá la peculiaridad documental más destacable del libro sea el importante volumen de testimonios de contemporáneos de los hechos en que se apoya: se citan al menos 37, conservados en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei. Consciente del valor de la documentación encontrada y de los testimonios recogidos, el autor reproduce lo más interesante de esas fuentes en unos ricos apéndices que incluyen la transcripción de 22 testimonios y suponen buena parte de la obra (pp. 263-440).

Para retratar al joven Josemaría Escrivá en sus años de seminario en Zaragoza, Herrando dedica la primera parte de su estudio a una somera descripción de la familia Escrivá y al proceso que condujo a Josemaría a la decisión de hacerse sacerdote primero, y luego a la de trasladarse a Zaragoza para terminar allí sus estudios eclesiásticos y comenzar también los de Derecho. La cuestión de si pensó o no en un primer momento ser alumno interno o externo del seminario –relacionada con la imposibilidad de simultanear los estudios eclesiásticos con los civiles– es la ocasión para introducir un acercamiento al contexto de la ciudad de Zaragoza en aquellos momentos. Lo más llamativo es la indudable tensión social que se vivía, y que llevó a que ese año de 1920 se conociera en la capital aragonesa como el año del terrorismo: 17 bombas estallaron en la ciudad en ese tiempo. Un mes antes de que Josemaría trasladara allí su residencia, por ejemplo, terroristas sindicalistas asesinaron a tiros a tres trabajadores municipales en plena calle, conmocionando a la ciudadanía.

La segunda parte de la obra está dedicada íntegramente a dar a conocer la vida del seminario de San Francisco de Paula, popularmente conocido como el San Carlos, por un sector de ese edificio, en el que tenía su sede el seminario sacerdotal de San Carlos. Aquí es donde se muestra la riqueza de la fuente sacada a la luz por el autor: la descripción resulta minuciosa, completa hasta alcanzar en muchos casos la exhaustividad. Conocemos la sede –los planos se completan con testimonios de quienes vivieron allí–, los menús de comidas de los seminaristas y de sus superiores, los fondos de su biblioteca –el antiguo especialmente rico–, el reglamento que regía sus actividades, su horario y costumbres, cómo ocupaban el tiempo de descanso –incluso los juegos que eran más frecuentes–, el modo de alumbrarse, de vestirse o de lavarse, el régimen de gobierno, los nombres de todos y cada uno de los seminaristas, su procedencia geográfica y social, sus calificaciones –tanto académicas como de conducta–, las sanciones disciplinarias y hasta las fiestas que celebraban. Y conocemos también el plan de formación que seguían, que el autor describe minuciosamente en sus aspectos humano, espiritual y académico. Herrando entremezcla la descripción de todos estos asuntos con aspectos personales de la vida de Josemaría Escrivá, ya que algunos de los extremos documentados con tanto detalle lo están en la medida que se ha instado a algunos protagonistas a hacer memoria del conocimiento que en su día tuvieron del que luego sería fundador del Opus Dei.

El conjunto es una acabada descripción de la vida de este peculiar seminario, que nunca tuvo más de 60 alumnos y ocupaba las plantas tercera y cuarta del edificio que albergaba, como dijimos, el seminario sacerdotal de San Carlos. El autor consigue aportar, con los datos que reúne en estas páginas, el material para un auténtico retablo de la vida cotidiana de estos seminaristas en los años veinte. La descripción permite sentir el polvo que levantan los muchachos jugando a la pelota en el ático durante el recreo, el ambiente que reina cuando cuarenta chicos desayunan en silencio –sopa de ajo e hígado de cerdo frito con cebolla– mientras se lee *La imitación de Cristo*, los nervios ante las preguntas diarias del profesor en clase, la algarabía que se desata al romper filas en un paseo, el entusiasmo apostólico de unos jóvenes cargados de ilusiones, o la escasa repercusión en la vida interna del centro de los acontecimientos “del exterior” como el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera.

Y tras el contexto, el personaje. La tercera parte está dedicada a la vida de Josemaría Escrivá en el seminario: como alumno primero (1920-1922) y como superior más tarde (1922-1925), para terminar con la vida de estudiante en la universidad –oyente, por exigencias disciplinares–, y las circunstancias familiares que rodearon su ordenación sacerdotal y la consiguiente marcha del seminario. Se recorren estos hechos en tres capítulos que tienen un esquema paralelo: precisiones sobre el contexto zaragozano, sobre las personas con que convive, y finalmente la vida en el seminario propiamente dicha, y la ordenación sacerdotal. Los datos recopilados son de nuevo tan abundantes y precisos que pueden considerarse también exhaustivos; pero con ser esto importante, la historia cobra su mayor intensidad en estas páginas por

otro motivo: el trazado de un perfil de Josemaría Escrivá, una cierta narración de su historia.

Aunque encontramos también aquí un sinnúmero de precisiones acerca de su vida en estos años, que permiten hacerse idea cabal de qué hacía y cómo, en esta parte de la obra parecen distinguirse dos planos diferentes: de un lado esa cuantiosa información a que venimos refiriéndonos –que incluye buena parte de la vida del protagonista, común a la de sus compañeros–, y de otro la vida privada de Josemaría Escrivá, que aflora en momentos concretos. Ese relato más íntimo, ese retrato personal, por lo intenso de los acontecimientos y el vigor del personaje que descubren, tiene una fuerza especial que destaca sobre el rico elenco de datos y se convierte en el centro del trabajo. Produce la impresión de una corriente que fluye en el texto –más narrativa que descriptiva– casi siempre oculta, y que aflora de vez en cuando dotándolo de una intensidad y viveza que están entre las cualidades más atractivas de la obra. Si podemos saber qué manuales estudió, qué prácticas de piedad vivía, las calificaciones que obtuvo, los periodos de vacaciones que disfrutó, que sólo disponía de un traje, las mañanas que pasó a orillas del Turia en verano y cómo ayudaba a un párroco rural, todo eso parece cobrar nueva vida y como un nuevo sentido cuando se le añaden algunos elementos entre los que destacaríamos tres: los testimonios de quienes le trataron, la narración de los sucesos más dramáticos que vivió y las decisiones más graves que adoptó, y uno último, más difícil de describir, que consiste en la intuición del fondo íntimo de Josemaría Escrivá que se adivina tras los acontecimientos.

Es, seguramente, la fuerza misma de la vida del personaje lo que da un tono intenso a esa narración, que aflora y se sumerge alternativamente en las páginas del libro, y hay que reconocer que no es fácil abordar la cuestión, ya que esa fuerza emana precisamente de los elementos más intimistas, siempre difíciles de tratar en una obra de historia: la intensidad del familiar y amoroso trato con Dios que persigue perseverantemente Escrivá, el entusiasmo con su vocación y sus dificultades para encajar en el seminario, la desgarradora posibilidad de abandonarlo –recomendada por el propio Rector– y la decisión de no hacerlo, las incomprendiones, las amistades y los choques con otros compañeros, sus gustos culturales y la afición literaria... En el ámbito familiar, las escenas parecen sacadas a veces de un ambiente dickensiano: el distanciamiento de su tío el arcediano, las envidias de su prima; las duras circunstancias de la muerte de su padre, la solemne declaración de Josemaría –ante el cadáver paterno– a su madre y hermanos, de cuidarlos siempre; y la Navidad que llegó un mes más tarde, con unos mazapanes que iban a ser el único extraordinario y hubo que tirar porque resultó que estaban estropeados... Cuando todo eso aparece protagonizado por un joven sonriente y animoso, completamente centrado en un único objetivo, el lector no puede evitar dirigir la mirada hacia lo profundo de esa alma para tratar de adivinar su secreto. Su figura emerge así, de ese relato trenzado de datos, circunstancias y reacciones, imponente y atractiva, y termina por dominar la escena y por remitir al centro de intereses del protagonista: su amor por Jesucristo. Quizá resida aquí la dificultad mayor de hacer la biografía de este personaje: en su

condición fundamental de hombre enamorado, tan difícil de asir con los modos de hacer del método histórico al uso.

Herrando concluye de su estudio que se puede advertir en lo descrito la maduración vital de Josemaría Escrivá, en los ámbitos intelectual, familiar, profesional y espiritual. Sin duda se trata de unos años de importancia singular en su vida: los comenzó dejando la casa paterna, y los terminó siendo el responsable de sostener la familia. Los comenzó con la ilusión de hacerse sacerdote y así estar más disponible para Dios, y los terminó, ya sacerdote, camino de un pequeño pueblo aragonés para sustituir a un párroco. En medio, todo un periodo de formación minuciosamente descrito pero cuyo fondo último sólo acertamos a intuir. Quizá por eso Herrando concluye también que el conocimiento detallado de su vida en el seminario debería matizar el juicio negativo que sobre los seminarios españoles de esa época es común en la historiografía. Es muy posible. De lo que no cabe duda es que con esta obra el autor ha aportado argumentos bien sólidos para abordar esa discusión, y –sobre todo– nos ha facilitado elementos importantes para conocer mejor a un hombre que –por su riqueza– reclamará la atención de otros muchos trabajos, y que por sus características supondrá siempre un reto para la capacidad analítica y narrativa de los historiadores.

Pablo Pérez López

John F. COVERDALE, *La Fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002, 339 pp.

John F. Coverdale es un conocido historiador y profesor de Derecho, nacido en Chicago en 1940. El libro que reseño, cuya versión original es americana (*Uncommon faith: the early years of Opus Dei, 1928-1943*, Princeton, Scepter, 2002), es una de sus últimas obras. En el arranque del libro señala que esta monografía se basa en obras y artículos ya publicados, y que se escribe a partir de fuentes “fragmentarias e irregulares”. No obstante, después de leer las trescientas treinta y nueve páginas del libro, el lector encuentra regularidad y continuidad narrativa, y considera que el libro le ha ayudado a comprender mejor la vida de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

El autor ha narrado, con las referencias necesarias al tiempo precedente, quince años de la vida de Josemaría Escrivá. Se trata de los años que transcurrieron entre el 2 de octubre de 1928, día en el que el joven sacerdote vio por vez primera el Opus Dei, la misión que Dios le había encomendado, y el 14 de febrero de 1943, cuando comprendió, durante la celebración de la Misa, cuál era la solución jurídica que permitiría contar con sacerdotes que procedieran de los fieles laicos del Opus Dei.

El autor hace una utilización razonable de las fuentes para configurar unos capítulos homogéneos en extensión, a la vez que sitúa cada acontecimiento en su entorno

histórico, y en el conjunto de la respuesta de san Josemaría Escrivá al designio de Dios.

Pienso que no se debe olvidar, al valorar esta monografía, la finalidad que el autor se propone y el periodo cronológico que abarca. Respecto a esto último, el libro termina en 1943. Por tanto, no ha pretendido historiar acontecimientos posteriores. Esto puede parecer una observación innecesaria. No lo es, si se lee alguna de las recensiones publicadas sobre este libro. Ciertamente hay hechos posteriores a 1943 de la vida de san Josemaría Escrivá, o de fieles del Opus Dei, que son muy interesantes para estudiar desde un punto de vista histórico. No obstante, esa no es la finalidad de este libro.

El objetivo del libro de Coverdale es explicar, a un público no necesariamente español –para el que la España de 1928 a 1943 queda muy lejos–, los primeros años de vida del Opus Dei. Años que se identifican con la vida de San Josemaría. Y aquí es donde radica el reto de este libro. Hacer revivir al lector el proceso interior de un adolescente que barrunta que Dios quiere algo de él, y el modo en que ese adolescente, después joven seminarista, lucha para prepararse y conocer la voluntad de Dios; y, ya sacerdote, el 2 de octubre de 1928, recibe de Dios “la iluminación sobre toda la Obra”.

No resulta fácil escribir la historia de la vida de un santo. Y de modo especial en los años germinales del Opus Dei, en los que Josemaría Escrivá sentía la certeza divina de que “la Obra de Dios” iba a ser realidad muy pronto, a la vez que el desarrollo apostólico parecía lento, o con momentos de retroceso.

El núcleo esencial de su mensaje –recordar a todos los católicos la llamada universal a la santidad y al apostolado, en toda condición de vida– se hacía realidad en las condiciones de vida de un sacerdote joven, que vivía en Madrid, y que había llegado a formar, en julio de 1936, un pequeño grupo de universitarios. Todo cuanto sucediera en la capital de España o en la vida de la sociedad española, y tuviera entidad, tenía que influirle. El lector encuentra un eco de esos acontecimientos, al tiempo que sigue la vida de san Josemaría, en los textos transcritos de sus *Apuntes íntimos*. El periodo estudiado comprende una época de profunda crisis cultural y política, que en España corresponde a la desaparición de la monarquía de Alfonso XIII, la Segunda República, la Guerra Civil y los primeros cuatro años del régimen de Franco.

Coverdale ha sabido poner de manifiesto cómo la unión con Dios de Josemaría Escrivá le llevó a aceptar con profunda paz fuertes contradicciones, entre ellas, la guerra de España, que estalló cuando parecía que sus trabajos apostólicos por fin se encauzaban. La cruz en su vida, y en el camino, y todo por hacer. Dispersión de los fieles del Opus Dei, forzosa inactividad, incertidumbre sobre el futuro, y a la vez la certeza de vivir en Dios.

Al finalizar la Guerra Civil, los anhelos de expansión apostólica en Europa quedaron cortados como consecuencia del inicio de la II Guerra Mundial, y de nuevo: crecer para adentro, extensión del Opus Dei en España, y graves contradicciones de distinto origen que hicieron necesaria la primera aprobación jurídica.

Resulta muy difícil, por no decir imposible, hacer la biografía de Josemaría Escrivá como si sólo se tratara de hechos y argumentos de naturaleza cultural, o realidades socio-religiosas que se pueden expresar por unas variables cuantitativas. En mi opinión, lo básico es intentar aproximarse a su itinerario interior, como ha hecho Coverdale, para ver su respuesta a los distintos requerimientos de Dios, y cómo la persona de Josemaría Escrivá no tiene otro objetivo que responder al querer de Dios para hacer el Opus Dei.

Se trata de escribir historia de santidad, sin que ello comporte permanentes aciertos, ausencia de dificultades para enfocar adecuadamente los distintos planteamientos apostólicos, etc. Se escribe una historia verdadera, con toda la fuerza de una vida santa.

Las consideraciones que se hacen en las líneas precedentes se deducen y, también, ayudan a enmarcar la monografía de Coverdale. La única cuestión que no se termina de entender muy bien es el título del libro: *La fundación del Opus Dei*, aunque el autor lo explica en la introducción. Considero que la fundación del Opus Dei se extiende hasta el 26 de junio de 1975, aunque ciertamente el 14 de febrero de 1943 pueda ser contemplado como la tercera fecha fundacional, que permite afirmar que, en esencia, nada nuevo se añadirá al espíritu del Opus Dei.

Fernando de Meer

Federico M. REQUENA - Javier SESÉ, *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002, 219 pp.

El libro de Federico Requena y Javier Sesé es lo que podríamos llamar una selección de textos fundamentales para la historia del Opus Dei. En efecto, estas 219 páginas comienzan con los “barruntos” de san Josemaría, fundador del Opus Dei, y concluyen en el año 2001, dando así cabida a los mandatos al frente de la Prelatura de los dos primeros sucesores de san Josemaría: mons. Álvaro del Portillo y mons. Javier Echevarría. Ciertamente, el libro es una antología, pero precisamente por la elección de los textos, por su presentación y su colocación, esta obra goza de una unidad que le confiere categoría de género histórico.

Es ya mucho y muy riguroso lo que se ha publicado sobre el Opus Dei hasta la fecha. Así por ejemplo, y por citar tres publicaciones de particular relieve, podemos mencionar los tomos biográficos sobre san Josemaría Escrivá escritos por Andrés Vázquez de Prada, el estudio sobre el itinerario jurídico del Opus Dei escrito por Amadeo de Fuenmayor, Valentín Gómez-Iglesias y José Luis Illanes, o el estudio crítico-histórico de *Camino* de más de mil páginas publicado por Pedro Rodríguez. Por lo demás, el presente volumen contiene en sus últimas páginas una breve relación de libros importantes: biografías sobre el fundador, testimonios de personas que vivieron junto con san Josemaría, estudios y recopilaciones documentales y reperto-

rios bibliográficos. Ahora bien, siendo todas estas obras importantes, no abarcan un periodo de tiempo tan largo como el texto que comentamos, porque son o biografías del fundador o estudios de algún aspecto concreto y parcial de la historia del Opus Dei. De ahí el valor del trabajo que reseñamos.

Federico Requena y Javier Sesé dejan, en esta obra, que hablen los textos. En concreto, nueve de sus doce capítulos están dedicados a la etapa fundacional, que se cierra con la muerte de san Josemaría en 1975. Las fuentes que se publican son fragmentos de libros, cartas y homilias del fundador del Opus Dei, lo que en mi opinión constituye un gran acierto del libro: ¿quién mejor que él para explicar –por ejemplo– en qué consiste la santificación en el mundo a través del trabajo, o la especificidad del Opus Dei dentro de la Iglesia?

El método de ir narrando una historia –la del Opus Dei– en pocas páginas y a través de textos originales está bien logrado, porque los autores conocen las fuentes y han sabido elegir los fragmentos más apropiados para cada tema. Por otra parte, las frases van precedidas por una breve explicación de los autores acerca de lo que significa cada fragmento, el momento en que se dijeron o se escribieron esos párrafos, la persona que escribe o a la que se dirige una carta, etc. De esa manera, las fuentes expuestas se sitúan en su contexto histórico, a la vez que se facilita la comprensión del libro a aquellos lectores que posean pocos conocimientos históricos sobre la realidad del Opus Dei. Resulta también acertado el haber agrupado los textos teniendo en cuenta un doble criterio: temático y cronológico. De esta forma se evita confundir y mezclar los datos y las ideas. No son por tanto estas páginas un conjunto de textos más o menos ordenados, o clasificados por orden alfabético a modo de enciclopedia, sino un relato que se mueve en el espacio y en el tiempo, como corresponde al género histórico.

Un segundo gran acierto de este método expositivo a través de la selección de fuentes tiene que ver con la comunidad de historiadores. A los investigadores actuales y, sin duda, a los que se dediquen a estudiar estos aspectos del Opus Dei en el futuro, se les facilitan algunas fuentes, así como una valoración para el análisis de las mismas. Una simple lectura continuada de las notas que se publican al final del libro da una primera idea aproximada de las fuentes que hasta el momento están accesibles. Otras permanecen inéditas, conservadas en archivos eclesiásticos y civiles: quedan a la espera de que pasen los años reglamentados para que se puedan consultar con amplitud. Éste es, sin duda, parte del trabajo que compete a las futuras generaciones: ir conociendo y explicando cada vez mejor la historia del Opus Dei y el contexto en el que se desarrolló. Así por ejemplo, no cabe duda que una historia médica del Hospital del Rey, donde se trataban enfermedades contagiosas, nos hará comprender el alto grado de heroísmo con el que san Josemaría acudía a ese hospital para atender espiritualmente a aquellos enfermos.

Completando lo dicho anteriormente, deseo subrayar que los dos autores han hecho una buena selección de las fuentes. Ante todo porque obligados por la brevedad del volumen, Federico Requena y Javier Sesé han tenido que determinar los

temas fundamentales, y tratarlos en poco espacio y con coherencia, de manera que al final del libro el lector haya adquirido una comprensión cabal de las fuentes para la historia general del Opus Dei. En estas páginas está buena parte de lo más importante, y escrito de un modo proporcionado. Así, los primeros años fundacionales, en los que se gesta el Opus Dei, tienen más espacio que otros posteriores, en los que hay más realizaciones externas que al comienzo. Este modo de proceder es lógico, ya que sólo así se pueden entender posteriormente esas obras externas o aquellas iniciativas de todo tipo que surgen de los fieles de la Prelatura y que a su vez pueden ser objeto de historias específicas, de acuerdo con el enfoque o punto de mira de cada historiador.

El libro consta de doce capítulos, a los que se añade una breve cronología final, que ayuda a localizar los acontecimientos. El primero analiza lo que los autores llaman “la prehistoria del Opus Dei”: es la década que transcurre entre 1917 y 1928. El segundo capítulo se centra en los momentos iniciales del Opus Dei, entre 1928 y 1930. El tercer capítulo describe el desarrollo inicial de la labor del Opus Dei, que coincide en el tiempo con la Segunda República española. El cuarto capítulo discurre por los años dramáticos de la Guerra Civil de 1936-1939. El quinto capítulo arranca en el año 1939 y se refiere a la propagación del Opus Dei desde Madrid por toda España, hasta el año 1945. El capítulo sexto se dedica a la primera expansión internacional del Opus Dei y a su nueva configuración jurídica (1945-1950). El capítulo séptimo prosigue con la difusión por los cinco continentes. Y el octavo y el noveno capítulo se ocupan respectivamente de los últimos años de la vida y el fallecimiento de san Josemaría Escrivá. El capítulo 10, muy breve, se dedica exclusivamente a la erección del Opus Dei como prelatura personal en 1982. Y los dos últimos capítulos abrazan las etapas de los dos sucesores de san Josemaría: mons. Álvaro del Portillo y los primeros años de mons. Javier Echevarría como Prelado; dan cuenta, entre otras cosas, de la creación de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz y del proceso de beatificación del fundador del Opus Dei (la canonización, que tuvo lugar en octubre de 2002, es posterior a la aparición del libro).

Javier Paredes

César ORTIZ (Hrsg.), *Josemaría Escrivá. Profile einer Gründergestalt*, Köln, Adamas-Verlag, 2002, 453 pp.

Aus Anlaß des 100. Geburtstages des Sel. Josemaría Escrivá gab César Ortíz, langjähriger Mitarbeiter Escrivás, vorliegenden Band heraus, um Person und Wirken des Gründers des Opus Dei zu würdigen. Die 31 Beiträge (drei davon – Berglar, Puhl, Inciarte – posthume Veröffentlichungen) würdigen den Einfluß, den Escrivá, der noch im Jahr des Jubiläums, am 6. Oktober 2002, von Papst Johannes Paul II. heilig gesprochen werden sollte, auf sie persönlich gehabt hat – sei es durch unmittelbare

Begegnungen mit ihm, sei es durch Lektüre und Studium seiner Werke, oder aber durch Auseinandersetzung mit der Spiritualität des Opus Dei und dem Wirken seiner Mitglieder. Dementsprechend ist der Charakter der Beiträge recht unterschiedlich: Es kommen Kardinäle, Bischöfe und Priester ebenso zu Wort wie Professoren und Politiker, Hausfrauen und Ärzte.

Eingeleitet wird der Band mit einem kurzen Vorwort des Herausgebers (pp. 9-10); die Beiträge gliedern sich sodann in vier Abschnitte: I. Person und Botschaft – II. Berufen zur Heiligkeit – III. Die Welt als Abenteuer – IV. Zeugnisse.

Im ersten Teil – “Person und Botschaft” – findet sich zu Beginn ein Beitrag aus der Feder von Bischof Javier Echevarría, dem derzeitigen Prälaten des Opus Dei (“Auf Europas Straßen. Apostolische Reisen des Opus-Dei-Gründers”, pp. 13-26). Echevarría darf als der kompetenteste lebende Zeitzeuge für das Leben des Hl. Josemaría gelten, da er über Jahrzehnte mit ihm zusammengearbeitet hat und von 1953 bis 1975, dem Todesjahr des Heiligen, sein Sekretär war. In seinen Ausführungen schildert er anschaulich drei Reisen, auf denen er 1949 und 1955 Josemaría Escrivá nach Zentraleuropa begleitet hatte, und zeigt dabei exemplarisch auf, worum es dem Heiligen bei diesen und anderen Reisen ging: durch intensives Gebet – häufig auch mit einer Wallfahrt zu einem Marienheiligtum – das Apostolat seiner Söhne und Töchter in den verschiedenen Ländern vorzubereiten; in Kontakt mit Vertretern des Episkopats zu treten, da ihm bei der Verwirklichung des Opus Dei an enger und vertrauensvoller Zusammenarbeit mit den Bischöfen gelegen war; und nicht zuletzt den Mitgliedern des Werkes durch seine Anwesenheit Ermunterung und Orientierung zuteil werden zu lassen, was diese in den oft schwierigen Anfangsjahren mit großer Dankbarkeit aufgenommen haben.

Joachim Kardinal Meisner (“Das Charisma des Opus Dei in der Kirche auf dem Hintergrund des Mysteriums der Menschwerdung”, pp. 27-38) findet in der Christuszentriertheit der Spiritualität Escrivás den Ausgangspunkt, der sich dann für den Heiligen und seine geistlichen Töchter und Söhne in einer großen Liebe zur Eucharistie und zu den übrigen Sakramenten, der Verbundenheit mit der Kirche und der Verehrung der Gottesmutter ausdrückt und zu einem Weg der Heiligkeit konkretisiert, in dem natürliches und übernatürliches Leben im Alltag zu einer beeindruckenden Einheit verbunden werden.

Johannes B. Torelló (“Aus Liebe verrückt”, pp. 39-55) macht deutlich, daß Josemaría Escrivá, obwohl er als Wegbereiter der Heiligung des Alltags in die Kirchengeschichte eingeht, in seinem Leben nicht selten durch ein ihn überwältigendes Eingreifen der göttlichen Gnade zu “Verrücktheiten“ der Liebe hingerissen wurde, wie der Autor anhand tief empfundener Aussagen und liebenswerter Begebenheiten zeigt.

Der Beitrag von Leo Kardinal Scheffczyk (“Die Gnade in der Spiritualität von Josemaría Escrivá”, pp. 57-80) verdient unter mancherlei Hinsicht besondere Aufmerksamkeit. Wie bekannt, hat der Gründer des Opus Dei keine systematischen theologischen Traktate hinterlassen, aus denen sich leicht eine Gnadenlehre

ablesen ließe. Scheffczyk gelingt es dennoch, in einer methodisch interessanten und überzeugenden Analyse der spirituellen Texte des Heiligen – vor allem der Aphorismenbände und der bislang veröffentlichten Homilien – das Fundament einer Gnadentheologie aufzuzeigen, die der klassischen katholischen Doktrin verpflichtet ist, wobei es Escrivá zugleich versteht, deren komplexe Zusammenhänge in einer “lebendig-bewegten und die Menschen bewegenden Rede” ins Heute zu übersetzen.

In ähnlicher Weise analysieren die folgenden Beiträge die allgemeine Berufung zur Heiligkeit aller Christen (Fernando Inciarte, “Christentum für die Masse”, pp. 81-89, ein bislang unveröffentlichter Beitrag aus dem Jahre 1980), die besondere Beziehung zu Papst und Kirche, die der Heilige gelebt und den Seinen als Erbe mit auf den Weg gegeben hat (Joachim Kardinal Degenhardt, “Josemaría Escrivás Liebe zu Kirche und Papst”, pp. 91-104) sowie die weitherzige und offene Art, mit der der Gründer des Opus Dei Nicht-Katholiken und Nicht-Christen gegenübertrat (Bischof Karl Braun, “Der Ökumenismus bei Josemaría Escrivá”, pp. 105-121), ein Beitrag, der eine Reihe von Aussagen Escrivás zusammenstellt, die nicht nur seinen Einklang mit den entsprechenden Passagen des II. Vatikanischen Konzils zeigen, sondern darüber hinaus deutlich machen, wie er manches bereits etliche Jahre vor dem Konzil persönlich vorgelebt und in Wort und Schrift gelehrt hat. Stephan Puhl (“Zur Spiritualität der Arbeit”, pp. 123-138) weist auf den soteriologischen Aspekt der Arbeit hin, wie ihn Josemaría Escrivá in seinen geistlichen Schriften bereits zu Beginn der 30er Jahre formulierte, ein grundlegender Gedanke, den man, so Puhl, dann erst wieder in *Gaudium et Spes* 67 ausgeführt findet und dem in der Folge in den Enzykliken Johannes Pauls II. (etwa *Laborem exercens* und *Centesimus annus*) sowie in mehreren Ansprachen des Papstes zu einer Theologie der Arbeit große Aufmerksamkeit gewidmet wurde.

Der zweite Teil des Bandes – “Berufen zur Heiligkeit” – versammelt eine Reihe von Beiträgen, die sich der Grundinspiration Escrivás widmen, daß alle Christgläubigen in gleicher Weise zur Fülle des christlichen Lebens berufen sind, und geht deren Anwendung auf einzelne Lebensbereiche nach.

Elisabeth Reinhardt (“Wo Himmel und Erde sich vereinen”, pp. 141-157) zeigt, ausgehend von einer programmatischen Predigt des Hl. Josemaría aus dem Jahre 1967, wie der “Ort” der Begegnung der scheinbaren Gegensätze Himmel/Erde Christus selbst ist und im Christen sodann das menschliche Herz, das christusförmig umgestaltet wird, so daß es in den anderen Christus sehen und für andere Christus sein kann. Bischof Reinhard Lettmann (“Ehe und Familie in der Verkündigung des seligen Josemaría Escrivá”, pp. 159-170) unterstreicht, wie der Gründer des Opus Dei bereits früh und mit Nachdruck von der Ehe als einer echten christlichen Berufung im Vollsinn gesprochen hat, während Margit Harbort (“Marienfrömmigkeit im Leben Josemaría Escrivás”, pp. 171-185) die Verehrung der Gottesmutter als einen roten Faden ausmacht, der das ganze Leben Escrivás durchzieht, beginnend mit der Kindheit, in der er eine selbstverständliche, tiefe marianische Frömmigkeit von seinen Eltern lernte, über die Studienjahre in Zaragoza hin zu den Jahrzehnten

priesterlichen Dienstes mit der Gründung und Ausbreitung des Opus Dei in aller Welt, wobei zahlreiche Begebenheiten von seinem grenzenlosen Vertrauen in Maria Zeugnis ablegen, und dem letzten Moment seines Lebens, als er mit einem Blick auf ein Bild Unserer Lieben Frau von Guadalupe verstarb. Was er lebte, gab er in Verkündigung und persönlichem Rat weiter, so daß die marianischen Bezüge in allem Schriften konstant sind. Dem besonderen Charisma Escrivás im Umgang mit jungen Leuten widmen sich die beiden folgenden Beiträge von Bischof Klaus Küng ("Josemaría Escrivás Vertrauen in die Jugend", pp. 187-195) und Monika Born ("Die Pädagogik des seligen Josemaría Escrivá", pp. 197-208). Während Küng aus eigener Erfahrung und Anschauung davon berichten kann, wie es dem Hl. Josemaría gelang, junge Menschen dafür zu begeistern, Verantwortung in Kirche und Welt zu übernehmen, ermittelt Born aus den Schriften und mündlichen Äußerungen Escrivás die pädagogischen Zielperspektiven "Erziehung zu persönlicher Freiheit und Eigenverantwortung" und "Kindern helfen, heilig zu werden". Ausführungen von Jutta Kallen ("Schmerz und Leid in der Botschaft des seligen Josemaría Escrivá", pp. 209-222) beschließen diesen Teil des Buches. Der Heilige hat oft voll Dankbarkeit daran erinnert, wie er in den Anfangsjahren seines priesterlichen Dienstes viel Zeit unter den Kranken und Sterbenden Madrids verbringen konnte. In den leidenden Menschen sah er die Dimension der Miterlösung in der christlichen Existenz verwirklicht, bzw. er half ihnen – wie etwa María Ignacia García Escobar, der ersten Frau, die Escrivá in das Opus Dei aufnahm –, im tapfer ertragenen Schmerz und im Tod Christus gleichförmig zu werden. Diese pastorale Erfahrung und ihre theologische Reflexion sollte auf die apostolische Aktivität und die Verkündigung des Heiligen einen nachhaltigen Einfluß nehmen.

Der dritte Teil des Werkes ist dem Themenkreis "Die Welt als Abenteuer und Aufgabe" gewidmet.

Martin Rhonheimer ("Der selige Josemaría und die Liebe zur Welt", pp. 225-252) legt dabei die Grundlagen mit einem Beitrag, der sorgfältig die bereits oben erwähnte Homilie "Die Welt leidenschaftlich lieben" aus dem Jahr 1967 analysiert, und verdeutlicht, wie es Escrivá gelingt, in Bejahung der Güte von Gottes Schöpfung einen Weg der Erneuerung und christlichen Umgestaltung der irdischen Wirklichkeiten zu zeigen, in Treue gegenüber christlichem Vollkommenheitsideal und asketisch-mystischer Tradition, womit sich ein ungeahnter Horizont für die Versöhnung von christlicher Überlieferung und moderner Welt eröffnet.

Vom Politikbegriff und vom politischen Wirken der Mitglieder des Opus Dei handelt der Beitrag von Wolfgang Ockenfels ("Glaube, Moral und Politik bei Josemaría Escrivá", pp. 253-267). Er erinnert an die beiden Auffassungen von Politik, die man bei Escrivá antrifft, Politik im Sinne von "sich für den Frieden, die soziale Gerechtigkeit und die Freiheit aller einsetzen und arbeiten" einerseits und "die konkrete Lösung eines bestimmten Problems neben anderen möglichen und rechtmäßigen Lösungen und in Konkurrenz zu denjenigen, die das Gegenteil vertreten" andererseits. Escrivá war sensibel für die Nöte der Gesellschaft in diesem ersten Sinne und

ermunterte die Laien, die sich seiner geistlichen Führung anvertrauten, in Ausübung ihrer persönlicher Freiheit im zweiten Bereich Initiativen zu entfalten. Er selbst legte sich in diesem weiten Gebiet Schweigen auf und wies Personen mit Leitungsaufgaben im Opus Dei und Priester an, es im gleich zu tun, um auf diese Weise die "rechtmäßige Autonomie der Kultursachbereiche" (*Gaudium et Spes* 76) zu respektieren.

Die Beiträge von Manfred Spieker ("Josemaría Escrivá und die Soziale Frage", pp. 269-287) und Kurt Malangré ("Katholiken und Politik bei Josemaría Escrivá", pp. 289-309) führen diese Gedanken noch weiter aus.

Die Ausführungen von Bischof Kurt Koch ("Kontemplativ mitten in der Welt. Die Entdeckung des Taufpriestertums beim Seligen Josemaría Escrivá", pp. 311-327) arbeiten einen wichtigen Gesichtspunkt der Botschaft des Gründers des Opus Dei heraus. Escrivá trat bereits Jahrzehnte vor dem II. Vatikanum leidenschaftlich für den Gedanken der allgemeinen Berufung aller Getauften zur Heiligkeit, zur Fülle des christlichen Lebens ein. Die so in der Taufe geweihten Christen haben eine "priesterliche Seele" – Koch gebraucht den Begriff vom "Taufpriestertum", den er wegen der Grundlegung durch die Taufe dem des "gemeinsamen Priestertums" der Gläubigen vorzieht –, sie haben aber auch "laikale Mentalität". Dieses Begriffspaar dient Koch dazu, die für den Heiligen Josemaría charakteristische Unterscheidung und harmonische Bezogenheit von Taufpriestertum und Amtspriestertum herauszuarbeiten, worin er einen wichtigen Beitrag des Heiligen für die Kirche unserer Tage sieht.

Heidi Burkhart ("Die priesterliche Arbeit des seligen Josemaría unter Kranken und Armen", pp. 329-340) stellt eine Reihe von sozialen Initiativen vor, die Mitglieder des Opus Dei unter der Inspiration von Leben und Lehre des Gründers in der ganzen Welt betreiben. Johanna Gräfin von Westphalen widmet ihren kurzen Beitrag ("Apostolische Impulse des seligen Josemaría", pp. 341-346) der außerordentlichen missionarischen Dynamik, die vom Gründer des Opus Dei ausging und viele mitgerissen hat. Am Ende dieses Abschnittes des Bandes stehen die Ausführungen von Nikolaus Lobkowicz ("Kultur – Christentum – Pluralismus: die Mobilisierung der Laien", pp. 347-363). Hier kommt Escrivá als Förderer von Kunst und Kultur in den Blick, auf der allgemeinen Ebene der auch schon zuvor geschilderten Weltbejahung, die sich aber auch in konkreten, persönlichen Initiativen artikuliert, wie sie in zahlreichen Äußerungen, Begebenheiten und Anekdoten anschaulich vorgeführt werden.

Der letzte Teil schließlich – "Zeugnisse" – zeigt anhand lebendiger Beispiele auf, in welchem Maße es Josemaría Escrivá gegeben war, sich bei allem Engagement in den großen Zusammenhängen für die Kirche und das Opus Dei gleichzeitig mit einer außerordentlichen Intensität dem Einzelnen zu widmen. Dabei können César Ortiz ("Priesterliche Seele und Ganzhingabe im Leben des seligen Josemaría", pp. 381-388) und Marlies Kücking ("Ein Mann des Glaubens", pp. 389-394) auf lange Jahre der gemeinsamen Arbeit mit dem Gründer in der Leitung des Opus Dei in Spanien und Rom zurückblicken; Alfons Par ("Begegnungen mit Josemaría Escrivá", pp. 367-379), Fernando Inciarte (der hier mit einem zweiten Beitrag zu Wort kommt:

“Die Bedeutung der Freiheit für den seligen Josemaría Escrivá”, pp. 419-432) und Ana M. Quintana (“Den Kopf im Himmel und die Füße fest auf der Erde”, pp. 407-410) gehören zu den ersten, die seinerzeit im Auftrag Escrivás nach Deutschland gingen, um die Arbeit des Werkes zu beginnen, Peter Blank (“Die Pupillen des Herzens”, pp. 395-406) dagegen zur ersten Generation der Berufungen zum Opus Dei in Deutschland, ähnlich wie Gertrud Lutterbach (“Jahre in Rom”, pp. 411-417). Peter Berglar schließlich hat Escrivá zeitlebens nicht kennengelernt, kann aber in eindringlicher Weise darlegen, wie es über die geistlichen Söhne des Hl. Josemaría und dessen Schriften zu einer fruchtbaren und für ihn lebensentscheidenden “Begegnung” gekommen ist (“Meine Begegnung mit Josemaría Escrivá”, pp. 432-447). In ähnlicher Weise berichtet Michael König (“Wie ein Theaterstück Gottes”, pp. 449-453), wie ihm Lektüre und Meditation von Texten des Heiligen neue Horizonte für sein Leben eröffnet haben.

Wegen der Vielzahl der angeschnittenen Themen, der interessanten theologischen Perspektiven, die durch etliche der Beiträge eröffnet werden und die mitunter bewegenden Zeugnisse vermittelt der Band einen gut fundierten Zugang zur Kenntnis eines großen Heiligen unserer Tage und seiner Botschaft und sollte eine breite Rezeption erfahren.

Johannes Grohe

Un mensaje siempre actual. Actas del Congreso “Hacia el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, Buenos Aires, Universidad Austral, 2002, 652 pp.

El volumen recoge la mayor parte de las exposiciones del congreso “Hacia el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, organizado por la Universidad Austral en Buenos Aires del 28 de junio al 1 de julio de 2001. Participaron académicos provenientes de casi toda Latinoamérica y de Europa.

La publicación contiene la nómina de miembros de los diversos comités a cargo de la realización del Congreso, el programa de esos cuatro días, el mensaje inaugural del Prelado del Opus Dei y Rector Honorario de la Universidad Austral, mons. Javier Echevarría, las ocho conferencias y 35 de las 58 ponencias presentadas en esos días.

Los textos de las conferencias se publican según el orden en el que fueron pronunciadas:

En “Génesis histórica y teológica de un clásico de espiritualidad: *Camino*” (pp. 39-63), Pedro Rodríguez presenta una síntesis de la introducción general de su posterior publicación: *Camino. Edición histórico-crítica* (Madrid, Rialp, 2002). El origen de *Camino* se encuentra en las anotaciones que Josemaría Escrivá de Balaguer hacía en sus cuadernos –*Apuntes íntimos*–, que entonces utilizaba para dar a conocer su proyecto espiritual y apostólico a los jóvenes que trataba. Así fue como nacieron

primero *Consideraciones espirituales* –publicado en Cuenca en 1934– y más tarde, ampliándolo, *Camino* (Valencia, Gráficas Turia, 1939). La intención de Josemaría era ayudar a sus lectores a adentrarse “por caminos de oración y de amor” a través de un “plano inclinado”, tal como lo escribía él mismo. Esta intención pastoral explica que el libro no siguiera un plan teológico-sistemático, sino más bien, existencial. Rodríguez propone, a partir de la *intentio* del autor de *Camino*, una explicación de la estructura interna del libro.

Se publica sólo un resumen de la segunda conferencia, “La libertad en el orden temporal según el pensamiento de Escrivá de Balaguer” (pp. 65-69): Gabriel J. Zanotti explica brevemente el papel del Magisterio en relación con el orden social y una de sus aplicaciones erróneas, el temporalismo, que se entiende como una pretendida solución católica a situaciones de orden social. Señala que Josemaría Escrivá enseñó con claridad que entre los católicos debía haber un “auténtico pluralismo de criterio y opinión en las cosas dejadas por Dios a la libre discusión de los hombres” pues esta actitud no era causa de debilidad sino de robustecimiento de la fe, al defenderla de posibles impurezas.

Paola Binetti en “Salir al encuentro de quien sufre: una oportunidad de desarrollo personal” (pp. 71-97) expone las enseñanzas de Josemaría Escrivá sobre el tema. Agrupa estas ideas en tres bloques: el sufrimiento considerado en sentido amplio, necesario para formar la personalidad propia y ajena; la enfermedad y la muerte que llevan a valorar correctamente la propia vida y la de los demás, conjugando amor y dolor; la capacitación de médicos y enfermeros.

En “Monseñor Josemaría Escrivá y la guerra civil española” (pp. 99-115), Ricardo Rees-Jones se refiere brevemente a la situación política de España antes de 1936, para continuar con la guerra civil y algunos hechos relevantes de la vida de Josemaría Escrivá durante la contienda. Destaca la serenidad y los actos de fortaleza y caridad heroicos del joven sacerdote español en esos años.

Antonio Aranda, en “El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer ante su propia misión” (pp. 117-142), comenta algunas características del contenido teológico del mensaje recibido por Josemaría Escrivá cuando entendió, a través de específicas luces divinas, que debía fundar el Opus Dei. Las fechas en consideración fueron 2-X-1928, 14-II-1930, 14-II-1943 y 7-VIII-1931.

Alejandro Serani Merlo explica –en “Un modo cristiano de entender la Bioética en un mundo secularizado” (pp. 143–163) que, aunque Josemaría Escrivá de Balaguer no habló nunca de bioética, en sus enseñanzas se encuentran elementos relacionados con esta área de conocimiento. El autor comienza con algunas reflexiones sobre la ética y su relación con el cristianismo: el papel de la fe y de la formación teológica en el intelectual, algunos aspectos en los que el hecho de ser cristiano plantea desafíos particulares; luego, hace referencia a un tema clave en la ética que es la libertad, sobre el cual Josemaría Escrivá había hablado en forma esclarecedora.

La séptima conferencia, de Carmela Aspíllaga Pazos, se titula “Mirada y proyección del Beato Josemaría en la sociedad de la comunicación” (pp. 165-202). La autora

expone las principales enseñanzas de Josemaría Escrivá sobre la responsabilidad social y apostólica que incumbe a los cristianos en este campo, haciendo un paralelo con el abundante magisterio de Juan Pablo II sobre el tema. Consigna una amplia bibliografía.

La última conferencia es la de mons. Rafael Llano Cifuentes: “Cuando sea levantado en lo alto todo lo atraeré hacia Mí” (pp. 203-221). El entonces obispo auxiliar de la archidiócesis de Río de Janeiro (Brasil) se refiere a la importancia extraordinaria que tuvieron estas palabras evangélicas (Jn 12, 32) recogidas en el título de la exposición, en la vida del fundador del Opus Dei y en su espíritu. El 7-VIII-1931, cuando Josemaría Escrivá celebraba la Santa Misa, le vino al pensamiento esta frase que entendió de un modo preciso, con una fuerza y claridad extraordinarias, y que fueron como una confirmación y ampliación de lo que vio en el día de la fundación del Opus Dei.

Las siguientes 35 ponencias están publicadas según los grupos temáticos que estructuraron el Congreso: “Cultura, educación y ciencia”, “Familia, mujer y juventud”, “Teología y vida espiritual” y “Política, sociedad y derecho”. A cada área se le dio un título tomado de la predicación de Josemaría Escrivá de Balaguer: “El licor de la sabiduría”, “El amor de los hijos de Dios”, “Los caminos divinos de la tierra” y “La libertad de los hijos de Dios”, respectivamente.

Los temas más tratados se refieren al trabajo universitario (docencia, investigación, gobierno), la libertad (amor a la libertad y sus diversas manifestaciones: en la investigación, en la enseñanza superior, etc.), periodismo y comunicación (estilos narrativos, libertad de expresión), familia y mujer.

Destacamos algunas de ellas:

“La colegialidad en la dirección de las universidades. Un enfoque original del Beato Josemaría Escrivá” (pp. 283-297), de Julio César Durand y Carlos Pujadas, presenta el modo en que se ha tratado el tema en la literatura especializada, para luego analizar la contribución de las enseñanzas y del ejemplo de Josemaría Escrivá sobre la dirección de organizaciones, pues dio un concepto claro de la colegialidad y un modo operativo de practicarla.

En “Matrimonio, procreación y sexualidad en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer” (pp. 389-398), Patricio Mena González señala que las enseñanzas del fundador del Opus Dei, siguiendo al Magisterio, situaban a sus interlocutores en el ámbito del respeto al orden dispuesto sabiamente por Dios en relación con la transmisión de la vida y, por lo tanto, estaban llenas de sentido positivo y optimista. Contraponen esta visión a la mentalidad anti-vida que trae desgraciadas consecuencias en la vida personal, familiar y social.

“Enfermedad, camino de santidad” (pp. 399-406), de Teresa E. Anders. Después de exponer una “crónica” de las enfermedades padecidas por Josemaría Escrivá, presenta una síntesis de sus enseñanzas y de su ejemplo durante el viaje de catequesis que realizó por América en los años 1974-1975.

En “*Mística ojalatera y realismo en la santidad de la vida ordinaria*” (pp. 421-443), Jorge Peña Vial explica el fuerte realismo de las enseñanzas de Josemaría Escrivá de Balaguer sobre la búsqueda de la santidad en la vida ordinaria. El académico reflexiona sobre cómo todo progreso y superación implica una previa aceptación de la realidad y de sí mismo, para terminar con la consideración del amor de Dios que da sentido de eternidad al momento presente, el que puede ser santificado y elevado al orden sobrenatural.

“*Repercussão dos ensinamentos do Bem-aventurado Josemaría Escrivá no campo do direito do trabalho*” (pp. 589-602), de Ives Granda da Silva Filho, señala algunas de las ideas del fundador del Opus Dei que han contribuido a una nueva valoración del trabajo humano. Hace notar que este mensaje fue original al mostrar que el trabajo es camino de santificación y de encuentro con Dios. También hace hincapié en el valor social de estas enseñanzas, ya que Josemaría Escrivá insistía también en el trabajo como elemento de unión o suma de esfuerzos –y no de confrontación– que mira a un fin común. Concluye con un testimonio personal de la influencia de estas enseñanzas en su trabajo como magistrado y, específicamente, al juzgar sobre conflictos laborales.

Otros títulos son: “La profesionalización del trabajo del hogar” (pp. 353-361) (Joyce del Campo Mullins), “La vejez, el sufrimiento y la muerte en la enseñanza del Beato Josemaría Escrivá” (pp. 407-418) (Luiz Eugênio Garcez Leme), “La riqueza antropológica de las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá sobre la unidad de la vida humana” (pp. 445-457) (Genara Castillo Córdova), “La libertad religiosa y la continuidad doctrinal del Concilio Vaticano II. El testimonio cualificado del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer” (pp. 459-469) (Cristóbal Orrego Sánchez), “La visión del Beato Josemaría sobre la secularidad como ámbito y característica esencial de la vocación a la santidad del cristiano corriente” (pp. 471-479) (Ana Isabel Moscoso Freile), “El corazón humano en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá” (pp. 493-507) (Carmen Vidal Montecinos), “La armonía entre progreso y fidelidad en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer” (pp. 509-519) (Patricia Moya Cañas), “La luz del 2 de octubre de 1928: un estudio de fuentes” (pp. 521-539) (Danilo Eterovic Garrett), “Josemaría Escrivá y los judíos. Razones de una predilección” (pp. 577-588) (Joaquín García-Huidobro Correa), “El trabajo santo y la santidad del trabajo” (pp. 613-615) (Ángel Kreiman Brill), “La idea de ciudadanía en el pensamiento del Beato Josemaría” (pp. 569-575) (Bárbara Díaz Kayel), “El pensamiento jurídico del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer” (pp. 627-637) (Ricardo Olivera García).

A través de la variedad de temas podemos encontrar dos aspectos en los que convergen casi todas las exposiciones: la visión positiva de la vida humana y de las realidades temporales que proponía Josemaría Escrivá, porque han nacido de la voluntad de Dios y a Él se ordenan; y el valor trascendente del trabajo y más, su valor santificador y santificante. En este sentido, la ponencia de mons. Bernardo Cazzaro Bertollo “Una visión original del mundo” (pp. 481-491), podría ser considerada como una síntesis.

Es interesante poner de manifiesto que los autores no se quedan en reflexiones meramente intelectuales sino que –en estos textos– también dan testimonio del impacto de esos contenidos en sus vidas.

M. Eugenia Ossandón Widow

ADEC. ASOCIACIÓN PARA EL DESARROLLO EDUCATIVO Y CULTURAL, *Memoria del Congreso Hispanoamericano “Hacia una educación más humana. En torno al pensamiento de Josemaría Escrivá”*, San José, 2002, Promesa (Serie Centenario, 3), 290 pp.

El volumen recoge las actas de un Congreso sobre las aplicaciones, en el ámbito de la educación, del pensamiento de Josemaría Escrivá de Balaguer. El encuentro fue celebrado en 2001, con motivo del centenario del nacimiento del fundador del Opus Dei, que se cumplía al comenzar el siguiente año.

Se reúnen tres intervenciones de apertura: las palabras de bienvenida de Victoria de Waite, por la ADEC; el mensaje enviado al congreso por mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei; y el discurso de Guillermo Vargas, Ministro de Educación Pública de Costa Rica. Luego siguen veintisiete ponencias agrupadas en seis paneles de trabajo y dos sesiones plenarias que estuvieron a cargo del profesor Corominas; por último, se recogen las palabras de agradecimiento de Marjorie de Pinto, el discurso de clausura a cargo de mons. Antonio Sozzo, Nuncio Apostólico en Costa Rica, y las conclusiones de la ADEC.

La ADEC explica su iniciativa al convocar este Congreso: algunos rasgos del mensaje de Josemaría Escrivá de Balaguer son “guías para la concepción de una educación cristiana, inmersa en la sociedad y consciente de su labor transformadora”. Tras presentar al entonces beato como un verdadero maestro, la ADEC define las tareas intelectuales del Congreso y la publicación de sus actas como una manifestación de gratitud por el profundo magisterio vital e intelectual de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Se publica el facsímil de la carta escrita por mons. Javier Echevarría, quien define a Josemaría Escrivá primero como sacerdote y después como maestro, un maestro siempre abierto al aprendizaje que le proporcionaron sus encuentros con miles de hombres y mujeres. El Prelado del Opus Dei destaca que la gran enseñanza de Josemaría Escrivá de Balaguer fue su vida de fidelidad al querer divino.

El ministro Vargas en su intervención destacó que la verdadera dimensión del desarrollo está en la persona y que educar es humanizar. Tras sus palabras, el profesor Corominas inauguró las sesiones científicas del Congreso con sus reflexiones sobre la función del centro escolar y lo que ha de estar en la base de toda la actividad de enseñanza, aprendido de Josemaría Escrivá: a las personas se las debe educar como hijos de Dios.

Las sesiones científicas se estructuraron en seis paneles de trabajo: “La educación centrada en la persona”, “Aprendiendo a educar: la familia”, “Educación que da sentido a la vida”, “Educación superior ante un mundo global”, “La libertad de comunicarse” y “Educación para un desarrollo solidario”. Los trabajos presentados tienen diversa metodología: artículos con un sólido aparato crítico, ensayos, análisis teóricos, aplicaciones prácticas, reflexiones académicas y escritos casi periodísticos.

Los ponentes son profesionales de distintos países de América Latina y las perspectivas de sus comunicaciones son variadas: pedagogía, periodismo, lengua, literatura, filología inglesa y castellana, artes, filosofía, arquitectura, administración de empresas, diplomacia, medicina, bioética, derecho. Es decir, una interdisciplinariedad interesante. En todas hay un punto de convergencia clara: la referencia al pensamiento, a la vida o al mensaje de Josemaría Escrivá.

En el panel “La educación centrada en la persona” una de las exposiciones versa sobre la pedagogía cristiana: una educación integral entendida como siembra de verdad y aprendizaje de las virtudes en un clima de libertad, que exige coherencia de padres y educadores. En otra se destaca la tarea pedagógica de Josemaría Escrivá realizada a través de sus escritos, de su tarea de formador y de la promoción de centros educativos. La formación estética y el sistema llamado “educación personalizada” también tienen su espacio entre las ponencias.

A través de los trabajos presentados en el panel “Aprendiendo a educar: la familia” se explica la orientación dada por el entonces beato al señalar que en un centro educativo primero están los padres, luego los profesores y, por último, los alumnos; se definen tres rangos propios de la educación (en la verdad, en el bien y en la belleza); se presentan el semblante humanista de Josemaría Escrivá y la centralidad del trabajo en su mensaje, así como sus enseñanzas sobre la mujer; y se expone la memoria técnica de un proyecto de ayuda a familias de escasos recursos.

En “Educación que da sentido a la vida” las comunicaciones tratan sobre la dignidad del hombre como hijo de Dios en el pensamiento de Escrivá de Balaguer; la pedagogía que practicaba y transmitía a través del conocimiento propio, la aceptación de sí mismo, el dominio y la exigencia personales; Josemaría Escrivá y la cultura de la vida; sus enseñanzas sobre el matrimonio, etc. También se incluye la exposición de una experiencia en una iniciativa en favor de la vida en el ámbito parlamentario nicaragüense.

El panel “Educación superior ante un mundo global” reúne intervenciones de diverso tipo. Algunas se refieren al pensamiento de Josemaría Escrivá sobre la institución universitaria, que debe formar profesionales que contribuyan al progreso con espíritu de servicio; el amor a la verdad que compromete la vida del científico; el amor a la libertad que ha de estar presente en todos sus ámbitos. Otra presenta una interpretación artístico-musical de *Camino*, propuesta como itinerario para que los artistas tengan una nueva visión de la cultura. Y en otra se plantea la posibilidad de promover una universidad privada en Costa Rica.

En el quinto panel “La libertad de comunicarse” se presentan trabajos de cuatro periodistas. A partir de las enseñanzas de Josemaría Escrivá, los profesionales abordan diversos temas: el orden de la libertad de expresión al bien común, identidad cultural e información, la televisión y la educación de los hijos, la verdad en los medios, libertad y responsabilidad, la evangelización de los medios de comunicación.

Por último, en “Educación para un desarrollo solidario” se consideran –desde esta perspectiva– las ideas del entonces beato Josemaría sobre los centros educativos y se presentan algunas iniciativas inspiradas en su mensaje, realizadas en Guatemala, Costa Rica y Nicaragua.

Después de las palabras de agradecimiento pronunciadas por Marjorie Barzuna, Mons. Sozzo glosó la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer como sacerdote, que ejerció la tarea de la enseñanza –incluida entre las misiones del sacerdote– desde la “antigua novedad” del Evangelio y cuya gran lección fue ofrecer a Jesucristo.

La ADEC presenta sus nueve consideraciones finales, síntesis de las conclusiones del Congreso.

En resumen, se trata de una recopilación de trabajos de tema, metodología e interés diversos en torno a la educación, que se inspiran en el mensaje que Josemaría Escrivá de Balaguer vivió y transmitió. Para educadores, docentes, pensadores y público en general.

Adelaida Sagarra

Antonio ARANDA, *Vedo scorrere in voi il sangue di Cristo. Studio sul cristocentrismo di san Josemaría Escrivá*, Roma, Edizioni Università della Santa Croce, 2003, 263 pp.

Nel 2000, il professor Antonio Aranda ha pubblicato un interessante saggio su alcuni aspetti della dottrina spirituale di san Josemaría Escrivá (*“El bullir de la sangre de Cristo”: estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000). La cerimonia di canonizzazione del 6 ottobre 2002 durante la quale papa Giovanni Paolo II ha proclamato santo il fondatore dell’Opus Dei, unita al centenario della sua nascita, ha contribuito ad incrementare l’interesse suscitato dalla figura e dagli insegnamenti di san Josemaría Escrivá. In questo contesto la pubblicazione nella collana “Studi di Teologia” della Pontificia Università della Santa Croce della edizione italiana di detto saggio, ci sembra una scelta molto opportuna.

Antonio Aranda ha insegnato teologia dogmatica e spirituale presso le facoltà di Teologia della Pontificia Università della Santa Croce a Roma e della Università di Navarra, al cui corpo docente appartiene. È un teologo nel pieno della maturità intellettuale, versato soprattutto nella teologia trinitaria, nell’antropologia teologica e nelle relazioni tra fede e cultura. Nello studio che presentiamo egli si propone un obiettivo non facile: riflettere teologicamente sull’insegnamento ricco e strettamente

legato all'esperienza spirituale e alla missione fondazionale di un vero e proprio maestro di vita cristiana: insegnamento che pertanto, in certo modo, trascende qualunque forma di sistematizzazione. È inevitabile, dunque, che egli debba scegliere un punto di vista ermeneutico per la propria riflessione, e stare in guardia di fronte al pericolo di cadere nel riduzionismo. L'autore, optando per una prospettiva così radicale, quale quella della centralità di Cristo, e tenendo sempre presente la profonda consapevolezza della missione fondazionale in san Josemaría, scrive un saggio indubbiamente penetrante e fecondo.

Aranda scrive con uno stile denso, ma sempre con la chiarezza di un docente sperimentato. È evidente, inoltre, che egli ha meditato a lungo i temi che affronta. Come si specifica nel prologo, alcuni capitoli erano già stati pubblicati in riviste scientifiche, ma questo non inficia l'unitarietà del libro, saldamente ancorata al tema centrale del cristocentrismo. Le pagine introduttive mettono in luce come il fondamento teologico della centralità del mistero di Cristo nella vita e nell'insegnamento di san Josemaría vada cercato nella realtà della filiazione divina, che specifiche grazie fondazionali gli fecero sperimentare in una maniera del tutto particolare. «Al fondatore dell'Opus Dei furono concesse grazie straordinarie perché si rendesse conto di essere, in Cristo, figlio di Dio. Tutta la sua dottrina spirituale testimonia questa realtà: tutto è filiale, secondo il modello del Figlio fatto uomo. L'esempio di Cristo, l'incontro personale con Lui, la sua presenza, l'esercizio delle virtù che in Lui si percepiscono [...] saranno il tema centrale del suo insegnamento» (p. 25).

I primi tre capitoli si soffermano sull'assoluta impossibilità di separare la biografia e il pensiero di san Josemaría, sulla sua consapevolezza dell'esistenza di un concreto disegno divino su di lui: l'essere sacerdote secolare e, come tale, strumento per fondare l'Opus Dei. Su questa realtà Aranda riflette con profondità, traendone due importanti conseguenze. In primo luogo che il cristocentrismo di Escrivá va rintracciato non solo negli scritti, ma anche nella sua biografia e nella vita dell'istituzione da lui fondata. In particolare, la sua vocazione sacerdotale, precedente e necessaria per la missione, a giudizio dell'autore, ha un chiaro significato cristologico: «all'origine dell'Opus Dei, come segno e sigillo della sua specifica natura ecclesiologica, era necessario che ci fosse un sacerdote: un uomo capace di operare *in persona Christi Capitis*, che si sapesse chiamato all'esercizio del ministero e a portare, con i suoi doni ministeriali e carismatici, il lavoro fondazionale» (p. 131). In secondo luogo, che la plurisecolare tradizione spirituale della sequela e imitazione di Cristo assume negli insegnamenti di san Josemaría una forma nuova (ma non "rivoluzionaria") in virtù degli accenti propri del carisma fondazionale: proclamare la vocazione universale alla ricerca della santità nella vita ordinaria in mezzo al mondo. Come ricorda il suo primo successore, mons. Alvaro del Portillo: «La profonda percezione di tutta la ricchezza racchiusa nel mistero del Verbo Incarnato fu il solido sostegno della spiritualità del fondatore. Egli comprese che, con l'Incarnazione del Verbo, tutte le realtà umane oneste venivano elevate all'ordine soprannaturale: lavorare, studiare, sorridere, piangere, stancarsi, riposare, stringere amicizia, ecc., erano altrettante azioni

divine nella vita di Gesù Cristo; potevano quindi compenetrarsi perfettamente con la vita interiore e con l'apostolato: in una parola, con la ricerca della santità» (pp. 33-34).

Giungiamo così ai due capitoli centrali dello studio. Rispettivamente dedicati alla sequela di Cristo il primo e all'identificazione con Cristo da parte del cristiano il secondo, sono senza dubbio quelli che più contribuiscono a definire la radicalità e l'originalità del cristocentrismo di san Josemaría. All'interno dell'unica concreta santità, che non può non consistere nella sequela ed imitazione di Cristo, unico maestro e modello di vita cristiana, il fondatore dell'Opus Dei accentua alcune precise dimensioni, che Aranda riesce a mettere in evidenza e ad esporre con chiarezza: innanzi tutto il pieno riconoscimento del valore rivelatore e redentore di tutti e di ciascuno dei momenti della vita di Cristo, e, pertanto, anche dei trent'anni di "vita nascosta", di lavoro intenso e di semplice vita familiare. Alla luce del carisma fondazionale, per san Josemaría questi anni "oscuri" si fanno luminosi e illuminano intensamente l'esistenza quotidiana, in mezzo al mondo, del cristiano. Se tutta l'esistenza terrena di Gesù, per la presenza che in essa vi è della decisione di amore e di donazione che culmineranno nel sacrificio della Croce, ha un valore redentore, allora lo avrà anche tutta la vita del cristiano. «La vita umana quotidiana, abbellita davanti ai suoi occhi dallo splendore del Verbo incarnato. La santità reale, vissuta, che contemplava in Cristo, perfetto Dio e perfetto uomo in unità di persona, quella che è unita al messaggio che l'Opus Dei deve trasmettere, è quella che si forgia giorno dopo giorno impegnandosi a vivere come gli altri, ma per la gloria di Dio e per il bene degli altri, imitando la vita quotidiana di Gesù, vita di lavoro, di amicizia, di relazioni, sempre riferita al Padre. Con questa profondità cristologica san Josemaría parlò e scrisse della chiamata universale alla santità nella Chiesa e, sempre alla luce del mistero di Cristo, senza staccare gli occhi dal Modello, insegnò a convertire la vocazione alla santità in realtà quotidiana» (p. 141).

Questo nuovo cammino di contemplazione in mezzo al mondo, che svela il pieno significato, trascendente, del lavoro umano e delle attività secolari, presuppone, però, che il cristiano sia unito a Cristo. Il nostro autore ha il merito di cogliere perfettamente la portata e la novità dell'espressione "un altro Cristo, lo stesso Cristo" con cui san Josemaría sintetizza la necessità di identificarsi con il Maestro. Dedicò infatti diverse pagine all'esame dei possibili precedenti di questa espressione, tanto nei testi paolini, come nella tradizione teologico-dogmatica e spirituale, per poi soffermarsi ad analizzare i diversi testi in cui san Josemaría la impiega e la commenta.

Si scopre così nell'insegnamento del fondatore dell'Opus Dei una interpretazione decisamente realista della dottrina paolina della "conformazione con Cristo", della "cristificazione" o "incorporazione a Cristo", e allo stesso tempo si evidenziano alcuni accenti teologici singolari, strettamente legati al carisma fondazionale. Aranda sottolinea la dimensione storico-temporale e non escatologica dell'identificazione con Cristo predicata da san Josemaría, e soprattutto evidenzia la sua "sostanza e prospettiva sacerdotale".

Ogni cristiano è soggetto dell'appellativo *alter Christus, ipse Christus* in virtù della sua «partecipazione battesimale al mistero di Cristo, inteso come mistero essenzialmente sacerdotale. [...] ogni fedele cristiano è ed è chiamato ad essere [...] per il battesimo un mediatore, come Cristo, tra Dio e gli uomini» (pp. 202-203). *Alter Christus* è quindi il battezzato che ha assunto consapevolmente la sua vocazione cristiana e collabora al processo spirituale della sua configurazione soprannaturale con Cristo, cosciente della consacrazione-missione battesimale e della necessità di svilupparla, impegnato a vivere la sua fede con senso vocazionale. E, per san Josemaría, questa vocazione consiste nel prolungare nella propria vita la missione sacerdotale di Cristo: «Nella tragedia della Passione culminano la nostra vita e tutta la storia umana. La Settimana Santa non può ridursi a una mera commemorazione: è la meditazione del mistero di Gesù Cristo che continua nelle nostre anime. Il cristiano è chiamato ad essere *alter Christus, ipse Christus*. Noi tutti, con il Battesimo, siamo stati costituiti sacerdoti della nostra stessa esistenza per offrire vittime spirituali, ben accette a Dio *per mezzo di Gesù* (1 Pt 2,5), per compiere ciascuna delle nostre azioni in spirito di obbedienza alla volontà di Dio, perpetuando così la Missione dell'Uomo-Dio» (*È Gesù che passa*, n. 96).

Uno dei presupposti essenziali del pensiero cristocentrico di san Josemaría è l'assoluta indivisibilità tra l'essere Dio-uomo e la funzione di Redentore di Gesù; pertanto, se Cristo si è incarnato per salvare tutti gli uomini, anche i cristiani sono chiamati a servire tutti gli uomini: non può dunque esservi santità senza apostolato. L'autore, pertanto, conclude il suo studio con un capitolo in cui riflette su quelle che potremmo definire le conseguenze apostoliche e soteriologiche della presenza di Cristo nel cristiano. Lo fa analizzando soprattutto la rilettura realizzata dal fondatore dell'Opus Dei, in un momento di elevata orazione avvenuto il 7 agosto 1931, del testo del Vangelo secondo Giovanni: «et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum» (Gv 12,32); quando sarò innalzato da terra, attirerò a me tutte le cose. Allo stesso tempo, vide chiaramente il significato che il Signore, in quel momento, voleva dare a queste parole della Scrittura: bisogna mettere Cristo al vertice di tutte le attività umane. Comprese chiaramente che era necessario riconciliare la terra con Dio, attraverso il lavoro ordinario in tutte le attività del mondo, in modo che ciò che è profano – pur essendo profano – si convertisse in sacro, in cosa consacrata a Dio, fine ultimo di tutte le cose» (Lettera del 9-I-1932, n. 2).

Il cristiano dunque non deve fuggire dal mondo, ma, unito a Cristo, orientarlo verso Dio. La consapevolezza di questa missione della Chiesa, specificamente affidata ai fedeli laici, per la loro precipua *indoles saecularis*, deve riempire di senso tutti i momenti dell'esistenza, anche i più banali e indifferenti, perché possono essere riferiti a Dio, e svela il significato ultimo delle realtà secolari. San Josemaría non perde occasione per ribadire, verbalmente e per iscritto, la secolarità dello spirito fondazionale, e proprio questa caratteristica, a giudizio di Aranda, è ciò che rende il suo insegnamento specificamente laicale. «L'*indoles saecularis* intesa come modo di essere Chiesa e di stare nella Chiesa per santificare *ab intra* il mondo [...] potrebbe

essere definita teologicamente come una nuova relazione del laico con il mondo (la missione nel mondo ed un modo nuovo di relazionarsi con il mondo) in quanto membro della Chiesa, ossia, come battezzato. [...] In altre parole, l'appartenenza del laico alla Chiesa, che implica la chiamata alla santificazione personale e il cooperare all'edificazione del Regno di Dio, si concreta nella sua relazione con il mondo, poiché consiste nello stare nel mondo in un modo nuovo, per forgiarlo da dentro con lo spirito cristiano. Perciò, una spiritualità veramente laicale è essenzialmente secolare: un processo di santificazione personale e di santificazione del mondo, nel mondo e nell'esercizio dei propri doveri e delle proprie occupazioni» (p. 225).

Come si può dedurre da quanto abbiamo cercato di riassumere sin qui, il volume di Aranda si rivela uno strumento utile per approfondire la ricchezza del vocabolo "cristocentrismo", nonché una chiave ermeneutica (tra le diverse possibili) particolarmente efficace per esporre teologicamente la dottrina di san Josemaría, evidenziandone i nuclei decisivi. Dispiace dover dar fede della presenza di alcuni refusi che, soprattutto quelli del sommario, mal si accordano con il valore dell'opera, per altro ben completata da curati indici di testi, di autori e di opere.

Giorgio Romani

Paulino CASTAÑEDA DELGADO – Manuel J. COCIÑA ABELLA (coord.), *Testigos del Siglo XX. Maestros del Siglo XXI*, Córdoba, Cajasur, 2003, 543 pp.

En 1989, en Sevilla, un grupo de historiadores de la Iglesia, dirigidos por Paulino Castañeda Delgado, Catedrático de Historia de la Iglesia y de las Instituciones Canónicas Indianas de la Universidad de Sevilla, comenzaron los preparativos del V Centenario del Descubrimiento y evangelización de América, para esclarecer la acción de la Iglesia en aquellos acontecimientos. Entre otras actividades, organizaron en la Isla de la Cartuja de Sevilla, y en el marco de la EXPO-92, una serie de simposios denominados "La Iglesia en España y América. Siglos XVI-XX". Esos actos tuvieron una amplia repercusión dentro de las universidades andaluzas y de las diversas diócesis del sur de España.

Al terminar aquellos trabajos, que se publicaron en la editorial Deimos de Madrid, en 1992, aquel grupo de historiadores decidió dar continuidad a esa tarea. Con ese fin confirieron nueva vida a la "Academia de Historia Eclesiástica", una antigua Institución creada en Sevilla en el Siglo XVIII, en tiempos de la ilustración, y desaparecida en el XIX. El objetivo fue impulsar, como aquellos ilustrados, el conocimiento de la Historia de la Iglesia en España y América. Una de las actividades de la Academia ha sido, desde entonces, la organización de sucesivos simposios, entre los que destacan temas como "Violencia y hecho religioso", "Eucaristía y Nueva Evangelización", "Milenarismos en la Historia", etc., que ha ido publicando Cajasur.

El año 2002 el XIII Simposio tomó como eje central la santidad. El marco de referencia fue la entonces reciente publicación de la Carta Apostólica de Juan Pablo II: *Novo Millennio Ineunte*. En ese documento programático del III Milenio, el Santo Padre lanzaba un programa de pastoral de santidad para toda la Iglesia.

Siguiendo la pauta habitual de estas reuniones científicas, en la primera parte se abordaron cuestiones históricas y en la segunda se realizó una aplicación a la vida de la Iglesia y perspectivas de futuro. De ahí el título escogido: *Testigos del Siglo XX. Maestros del Siglo XXI*.

La parte histórica se desarrolló según diversas ponencias y comunicaciones, exponiendo la vida y obra de Testigos de la santidad en el Siglo XX. Las figuras estudiadas como ponencias fueron: el beato Juan XXIII; el beato Manuel González, obispo de Palencia; san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei; santa Ángela de la Cruz, fundadora de las Hermanitas de la Cruz; Manuel Lozano, “Lolo”; santa Edith Stein, Carmelita. También se presentaron y publicaron las comunicaciones acerca de: san Pío de Pietrelcina, Capuchino; santa Madre Maravillas de Jesús, Carmelita; santa Genoveva Torres, Caridad “Angélica”; beato Marcelo cardenal Spínola, arzobispo de Sevilla; san Pedro Poveda, fundador de la Institución Teresiana; beata Teresa de Calcuta, fundadora de las Misioneras de la Caridad; san José María Rubio, S.J.; p. Pedro Arrupe, S.J.; sor Cristina de la Cruz, monja Jerónima; María Ignacia García Escobar, una de las primeras mujeres del Opus Dei; mons. José María García Lahiguera, arzobispo de Valencia; p. Manuel García Nieto, S.J.; Antonio Gaudí; Montse Grases, fiel del Opus Dei; madre María del Carmen Hidalgo de Caviedes y Gómez, fundadora de las H. H. Oblatas de Cristo Sacerdote; Claudio López Bru, marqués de Comillas; Eduardo Ortiz de Landázuri, médico, fiel del Opus Dei; mons. Álvaro del Portillo, obispo y prelado del Opus Dei; mons. Oscar Romero, arzobispo del Salvador; María Josefa Segovia Morón, de la Institución Teresiana; Manuel Siurot Rodríguez, iniciador de las Escuelas del Sagrado Corazón; Dolores Rodríguez Sopeña y Ortega, fundadora del Instituto catequista; doctor Pere Tarrés Claret, sacerdote; e Isidoro Zorzano, ingeniero del Opus Dei.

Como puede comprobarse las vidas presentadas abarcan un amplio espectro. Desde santos ya canonizados o Beatos, hasta Siervos de Dios cuyo proceso está en marcha en sus distintos estadios.

Por otra parte, los testigos reseñados son de muy diversas procedencias y diferentes caminos de santidad. Todos ellos tienen en común haber vivido su fe en plenitud a lo largo del siglo XX. El conjunto muestra la amplitud de carismas suscitados por el Espíritu Santo y la correspondencia a la gracia de esas personas.

La lectura de este volumen resulta de gran interés por la unidad y variedad que muestran esos testigos. Se trata de mostrar cómo el Espíritu Santo ha actuado en unidad de amor a la Iglesia y a las almas, y de pluralidad de carismas. Esa unidad y variedad en el único seguimiento de Cristo, conlleva la radicalidad de la respuesta de santidad y la plena donación al entero género humano; como muestra de la verdadera unión con Cristo.

Evidentemente los relatos son desiguales en cuanto a estilo, fuerza y método científico, quizás hubiera sido conveniente dar alguna pauta unificadora a los diversos autores. En cualquier caso la lectura de estas páginas tiene la frescura de las diversas plumas, con ángulos de visión y tensión narrativa distintas, que unido a la variedad de carismas, ofrece una sensación de rica pluralidad.

En ese marco se situaron las palabras de mons. Javier Echevarría, obispo y prelado del Opus Dei, en su ponencia: “Amar al mundo apasionadamente: el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”. Esta ponencia la desarrolló en abril de 2002, y la canonización de san Josemaría tuvo lugar el 6 de octubre de 2002. Teniendo en cuenta el campo de interés de la revista que acoge esta reseña, deseamos detenernos brevemente en esta significativa intervención de mons. Echevarría.

Comenzó su exposición recordando el programa de Pastoral de santidad propuesto por Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte* y, por tanto, enmarcando a san Josemaría como instrumento de Dios para recordar la llamada universal a la santidad en medio del mundo a través del trabajo profesional, desde el 2 de octubre de 1928. Añadió que no sólo recordó este proyecto divino “sino que trazó un camino para conseguirlo” (p. 40). El hilo argumental de la ponencia siguió de cerca la homilía pronunciada por el fundador del Opus Dei en 1967 en el campus de la Universidad de Navarra, que sigue teniendo plena vigencia para el hombre de hoy.

A continuación realizó un valiente análisis del concepto mundo y de su distinción de lo mundano, para concluir, con palabras de san Josemaría: “El mundo no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora” (San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, Madrid, Rialp, 1987, n. 47).

Siguiendo con la exposición del pensamiento espiritual de san Josemaría, mons. Echevarría subrayó que la intimidad con Dios, el amor a las almas y al propio mundo, hacen que el cristiano, con la gracia de Dios, se convierta en sal de la tierra y luz del mundo: “hay un algo santo que toca a cada uno descubrir”. Y de ahí la necesidad de materializar la vida espiritual, de descubrir a Dios en lo más material y ordinario (p. 45). A continuación, expuso la consecuencia de todo ello: el amor a las almas, y el interés por la felicidad eterna y terrena de quienes nos rodean.

Finalmente, el prelado del Opus Dei concluyó que: “El hombre no ha sido creado sólo para contemplar el cosmos, para maravillarse ante la magnitud del universo, sino también para plasmar precisamente ahí, con el lenguaje de su trabajo, su respuesta al amor de Dios” (p. 45).

Dentro de las comunicaciones, presentadas en este volumen que estamos reseñando, hay otras referencias a fieles del Opus Dei. Son, por orden de aparición en las actas: María Ignacia García Escobar (pp. 269-279), Montserrat Grases (pp. 323-331); Eduardo Ortiz de Landázuri (pp. 367-383); mons. Álvaro del Portillo, obispo y prelado del Opus Dei (pp. 383-395) e Isidoro Zorzano (pp. 485-495). Se trata de breves semblanzas que sirven para ilustrar, con vidas reales, las palabras ya citadas de mons. Javier Echevarría, actual obispo y prelado del Opus Dei.

A la vez, ese conjunto de vidas, distintas en sus circunstancias históricas, edades, ambiente cultural y profesional, muestran como el espíritu del Opus Dei fue alimentándoles en la búsqueda de la santidad. Constituyen un reflejo de la santidad del fundador y muestran también como recibieron su ayuda y orientación. En definitiva llevaron a la práctica, por la gracia de Dios, unas palabras autobiográficas de san Josemaría escritas en 1933 y dirigidas a su confesor que decían: “es menester que sea santo y padre, maestro y guía de santos” (Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1997, vol. I, p. 554).

Como ya hemos dicho, en estas reuniones científicas, después de la parte histórica, hay siempre una parte del trabajo dirigido a la proyección de futuro. En este sentido deseamos ahora referirnos a la extensa ponencia del cardenal Prefecto de la Congregación para las Causas de los santos, Saraiva Martins.

En esta ocasión el cardenal Saraiva tomó como título de su trabajo: “¿Por qué la Iglesia canoniza hoy?”. La exposición se desarrolló recordando lo que significa un proceso de canonización: “Al proclamarlos Beatos, y más tarde santos, la Iglesia eleva su acción de gracias a Dios a la vez que honra a esos hijos suyos que han sabido corresponder generosamente a la gracia divina y les propone como intercesores y como ejemplo de la santidad a la que todos estamos llamados. Las beatificaciones y canonizaciones tienen siempre como finalidad la gloria de Dios y el bien de las almas” (p. 60).

Con respecto a la heroicidad de las virtudes de los Siervos de Dios recordó el cardenal: “Así pues es santo –o, mejor, tiende a la santidad– quien trata en todo momento de ajustarse fielmente al proyecto que Dios ha establecido para él y, en su conducta, responde con generosidad a los impulsos de la gracia abandonándose fielmente en las manos de Dios Padre hasta llegar a hacerse no ya *alter Christus*, sino –con expresión audaz y a la vez precisa, frecuente en las enseñanzas del Beato Josemaría– *Ipse Christus*” (p. 65).

La conclusión es la siguiente: “El reto pastoral exige una pedagogía que lleve a descubrir la vida ordinaria como lugar en el que se hace realidad la llamada universal a la santidad y al apostolado” (p. 66).

También recogió el cardenal Saraiva el deseo de Juan Pablo II de canonizar matrimonios, como Luigi y Maria Beltrance Quattrocchi, beatificados el 21 de octubre de 2001 (p. 66).

Las últimas palabras del cardenal fueron de una gran esperanza: “Ante un ambiente en el que nunca faltan ejemplos de santidad, pero se presenta con frecuencia escéptico, imbuido de materialismo y encerrado en el horizonte estrecho de una búsqueda incesante del bienestar y de un hedonismo sin freno, la reacción de la Iglesia incluye un empeño redoblado en el recurso a la intercesión de los santos y su propuesta como ejemplo que inspire la respuesta de todos los fieles a esa urgencia de santidad que hoy se experimenta de manera tan evidente” (p. 70).

El volumen se cierra con unas expresivas palabras del nuncio de Su Santidad en España, mons. Manuel Montero de Castro. En su intervención recordó la necesidad

de una pedagogía de la santidad, y la importancia de los modelos para el pueblo cristiano. El ejemplo de los santos ha sido siempre un motor para la vida de los cristianos.

Así pues si el siglo XX ha sido el siglo de los mártires y de las canonizaciones, de los confesores y de los milagros, es justo que esperemos en el Siglo XXI una nueva floración de frutos apostólicos en la Iglesia.

José Carlos Martín de la Hoz

José Luis ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, Eunsa, 2003, 335 pp.

Con motivo del centenario del nacimiento de san Josemaría Escrivá de Balaguer (9-I-2002) y de su posterior canonización (6-X-2002), el profesor Illanes escribió varios artículos teológicos sobre la persona y el pensamiento del fundador del Opus Dei. Ese material, unido a otros estudios anteriores, constituye el presente volumen, cuyo subtítulo manifiesta la intención del autor de abrir camino en la necesaria profundización teológica del carisma fundacional que recibió san Josemaría. Illanes aborda esa tarea con el bagaje de la experiencia adquirida en muchos años de estudio y docencia en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, que en el mes de mayo del 2004 rindió cordial homenaje al autor, expresándole su gratitud con la publicación de un extenso volumen de colaboraciones de amigos, discípulos y colegas (Tomás Trigo [ed.], *Dar razón de la esperanza. Homenaje al Profesor Dr. José Luis Illanes*, Pamplona, 2004, 1399 pp.). Las numerosas publicaciones de Illanes abarcan un campo de intereses que van desde la teología fundamental a la espiritual, pasando por la moral y la eclesiología. Este amplio *background* teológico coloca al autor en una posición de privilegio para afrontar el estudio de cuestiones relativas a la teología del trabajo, del mundo y de la historia, del laicado y de la llamada universal a la santidad, que, a su vez, se encuentran en los fundamentos doctrinales del carisma fundacional de san Josemaría.

En la Presentación del libro, el autor ofrece dos coordenadas útiles para introducir al lector en los diversos escritos: por un lado, el fuerte influjo que tuvo en la formación de sus ideas el encuentro con la persona de san Josemaría, con su mensaje y con su espíritu, junto al estudio de pensadores y teólogos; y por otro, su preferencia por la profundización teológica de las relaciones existentes entre cristianismo y mundo, entre fe cristiana y experiencia humana. Con este volumen Illanes quiere contribuir a “aquello a lo que el propio san Josemaría dedicó toda su existencia: la difusión del mensaje cristiano sobre el destino divino del hombre, y, por tanto, sobre la llamada universal a la comunión con Dios en todo momento y lugar, también, por tanto, en medio del mundo” (p. 10).

El libro consta de trece capítulos, estructurados en cinco partes: “perspectiva general”; “valor y sentido del existir en el mundo”; “el trabajo, realidad humana y cristiana”; “responsabilidad social, justicia, caridad”, y “radicación en Cristo”. El autor advierte que la quinta y última parte hubiera podido colocarse como introducción, ya que sostiene todo el resto, constituyendo su clave de lectura y el horizonte al que tiende todo lo que se afirma en los capítulos anteriores.

La primera parte –“Perspectiva general”– incluye tres artículos que introducen la figura de san Josemaría y el significado del acontecimiento fundacional que marcó toda su vida: “Figuras de la santidad en el discurrir de la historia”; “Proyección eclesial de un acontecimiento y de un mensaje”; y “Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha”. El concepto clave de esta introducción es el de santidad, que no es simple aspiración sino realidad vivida y razón de ser de la Iglesia: “La historia de la Iglesia no es otra cosa, en su substancia última, que la historia de la santidad realizándose en el tiempo” (p. 22). En este sentido, “los santos son dones de Dios a su Iglesia; dones mediante los que Dios impulsa el caminar de la Iglesia, recordando, a través de ellos, unos u otros aspectos del Evangelio” (p. 26). La aportación de san Josemaría al vivir de la Iglesia consiste en el desarrollo del carisma fundacional recibido, que Illanes sintetiza con estas palabras: “Las ocupaciones temporales, y específicamente el trabajo profesional, la tarea a través de la que hombres y mujeres se cualifican ante la sociedad y contribuyen a su desarrollo, se presentaban ante sus ojos [de san Josemaría] [...] como un elemento constitutivo del camino que [...] el cristiano llamado a santificarse en medio del mundo, está invitado a recorrer. Y, por tanto, como algo no ajeno, meramente ambiental o yuxtapuesto a la condición cristiana, sino como realidad que contribuye a configurar esa vocación y, por ende, a vertebrarla” (p. 29).

Santificación del trabajo y unidad de vida del cristiano conocedor de su destino eterno, constituyen, por tanto, elementos fundamentales de un mensaje que –como afirma el Decreto sobre las virtudes heroicas del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, de la Congregación para las Causas de los Santos, del 9 de abril de 1990– está “destinado a perdurar «por encima de las vicisitudes históricas», pero se muestra al mismo tiempo «providencialmente actual para la situación espiritual de nuestra época»” (p. 33). Es evidente que este mensaje “está en sintonía con las declaraciones del Concilio Vaticano II sobre la llamada universal a la santidad” y más ampliamente “con la intención de fondo del Concilio [...] de promover una renovación en profundidad de la vida cristiana” (p. 36). El autor, en la exposición del núcleo doctrinal del carisma fundacional, incluye una importante advertencia: “A lo que [san Josemaría] se supo destinado el 2 de octubre de 1928 no fue a proclamar en abstracto la doctrina sobre la santificación en medio del mundo, sino a promover en personas concretas la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado en y a través de las tareas seculares: lo que estaba llamado a iniciar no era sólo un movimiento de ideas o un renacer teológico, sino también y ante todo, un fenómeno pastoral” (p. 83).

El segundo grupo de artículos –“Valor y sentido del existir en el mundo”– afronta cuestiones fundamentales para la correcta comprensión de las relaciones entre vida cristiana y mundo: la posición del cristiano en el mundo y en la historia, el valor y significado de las vivencias cotidianas, y la secularidad como actitud existencial. El Verbo Encarnado –señala la Constitución *Gaudium et spes* n. 38– “habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en Sí”, y tal afirmación –escribe Illanes– expresa “una de las convicciones fundamentales del cristiano: la verdad y la vida de Cristo no se sitúan en los márgenes de la historia sino en su centro” (p. 101). En conformidad con esa comprensión teológica de la historia, el autor considera que el pensamiento de san Josemaría al respecto se mueve en torno a tres ejes: “una aguda conciencia del dinamismo que caracteriza los procesos históricos”, “una valoración de la libertad como factor decisivo tanto del desarrollo individual como del configurarse de las sociedad y de los fenómenos colectivos”, y “una profunda fe en Dios, de la que derivan el reconocimiento de la bondad original del mundo, dañada, pero no destruida por el pecado, y la confianza en el poder de la gracia” (p. 106). Cristianismo y mundo se reclaman mutuamente: la fe cristiana penetra en el mundo en que vivimos desvelando su razón de ser. Y la inserción de la fe y de la gracia en la historia se realiza a través de la libertad humana: con “espíritu contemplativo, superación del egoísmo, entrega a los demás, amor manifestado en obras” (p. 109).

Estas premisas conducen a concluir que la revelación cristiana realiza una valoración positiva de la cotidianidad, aunque “es necesario reconocer a la vez que la atención prestada por la teología, también por la teología espiritual, a la vida cotidiana, y más concretamente a la vida cotidiana secular –es decir, la vida propia del cristiano corriente, cuya existencia transcurre entre las realidades seculares: familia, trabajo, relaciones sociales, convivencia cívica...– ha sido escasa” (p. 116). Con la Encarnación del Verbo y sus treinta años transcurridos en Nazaret, Dios ha hecho propia la vida ordinaria del hombre –familiar, laboral y social–, iluminándola y colmándola de sentido y significado: “La fe cristiana no incita a cercenar los ideales ni impulsa a contentarse con lo poco, a refugiarse en la rutina o soportar resignadamente los problemas y avatares que pueda traer consigo la existencia. Al contrario, invita a asumir en plenitud, con la luz de la fe y la fuerza del amor, la totalidad de los afanes y valores que implica la existencia” (p. 131). Bajo esta perspectiva el concepto de secularidad juega un papel importante, ya que expresa “la actitud propia de quien no sólo *vive en el propio tiempo*, sino que *vive ese tiempo*, reconociéndolo como propio, participando sentida y personalmente con cuanto en ese tiempo acontece y se despliega” (p. 135). Se entiende, de este modo, que “el devenir histórico, el desarrollarse de los pueblos y el sucederse de las culturas, no constituyen, en consecuencia, un mero ámbito en el que acontecería una salvación ajena al contexto en el que se produce, sino realidades en las que la salvación repercute; mejor dicho, realidades que se integran en ese proceso. Dios, que sale al encuentro del hombre en el tiempo y en la historia, invita a

asumir ese tiempo y esa historia en el interior de la respuesta al llamamiento divino” (p. 141).

Con el título “El trabajo, realidad humana y cristiana” se recogen tres estudios sobre la santificación del trabajo, tema que nuestro autor ya ha tratado con extensión (José Luis Illanes, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001¹⁰). Santificar el trabajo significa colocar el trabajo en el interior de la relación entre el hombre y Dios. Importa precisar que el trabajo “no es en sí mismo santo, sino que es hecho santo, es santificado, por el sujeto cuando lo asume y realiza como dimensión constitutiva de su respuesta a la vocación divina...” (p. 176). Para santificar el trabajo se requieren, según Illanes, cuatro condiciones: perfección humana y competencia profesional, espíritu de servicio, formación de la conciencia, y sentido de la cercanía de Dios y actitud contemplativa (cfr. pp. 178-183). Santificar la vida ordinaria y santificar el trabajo son realidades implicadas entre sí: “una vida teologal que no alcance a influir en el desempeño de la profesión será, inevitablemente, una vida teologal confinada en el ámbito de lo privado y de lo intimista; [...] al margen del vivir concreto y, en consecuencia, en la periferia de la propia personalidad [...]. En cambio, una vida teologal que se despliegue hasta informar la profesión [...] habrá informado, o estará en vías de informar, el conjunto de la existencia, y de redundar, desde esa existencia singular, en el entramado de la sociedad” (pp. 192-193).

En la cuarta parte –“Responsabilidad social, justicia, caridad”– se tratan dos cuestiones que san Josemaría consideraba de gran importancia para incidir cristianamente en la sociedad: el valor teologal de la virtud de la justicia, y el respeto a la libertad personal en la acción social y política. El autor incluye en las páginas 254-255 un texto del santo fundador, que refleja con nitidez su pensamiento al respecto: “Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo. Los cristianos –conservando siempre la más amplia libertad a la hora de estudiar y de llevar a la práctica las diversas soluciones y, por tanto, con un lógico pluralismo–, han de coincidir en el idéntico afán de servir a la humanidad. De otro modo, su cristianismo no será la Palabra y la Vida de Jesús: será un disfraz, un engaño de cara a Dios y de cara a los hombres” (*Es Cristo que pasa*, n. 167). En este cuadro, el concepto de “mentalidad laical” juega un papel de primer plano, significando “la mentalidad propia de laicos, que aman al mundo, porque saben que ése es el lugar de su encuentro con Dios, que reconocen y respetan el valor y la substancia de las cosas creadas, que son conscientes de su libertad y asumen, por tanto, sin medias tintas, su responsabilidad” (p. 273). Esta “mentalidad laical” implica el reconocimiento de la legítima autonomía de las realidades temporales, y la actuación libre y responsable de los cristianos en nombre propio y “en coherencia con los ideales evangélicos, pero sin pretender amparar su actuación bajo el patrocinio de la Iglesia y, menos aún, servirse de ella” (p. 273). La aspiración de san Josemaría en relación con la construcción de la ciudad terrena es interpretada por Illanes en los

siguientes términos: “la perspectiva de un convivir en libertad de hombres que, conscientes de su dignidad nativa y de su destino eterno, saben respetarse y amarse, y, en consecuencia, compartir, por encima de diversidades y diferencias, la gran aventura de la historia” (p. 274).

Los dos últimos escritos, que constituyen la última parte –“Radicación en Cristo”–, sitúan al lector ante las dimensiones cristológicas y teologales del mensaje de san Josemaría: la participación del cristiano en el sacerdocio y en la misión de Cristo –*El cristiano “alter Christus-ipse Christus”*–, y la comunión con Dios a través de la contemplación en medio del mundo –*Contemplación y acción cristiana en el mundo*–. “El cristiano es, debe ser, Cristo presente entre los hombres, pero con una condición: que Cristo esté presente en él. [...] El sentido redentor y sacerdotal de la existencia cristiana, presupone [...] la incorporación a Cristo, más aún, la identificación vital y existencia con Él. [...] Es la santidad personal del cristiano, la real y auténtica incorporación del cristiano a Cristo, lo que hace a Cristo presente entre los hombres” (p. 287). Así, el alma sacerdotal del bautizado se manifiesta en la conciencia de participar de modo vivo y eficaz en el sacerdocio de Cristo, llegando a ser como el alma y principio inspirador de todas sus acciones. En cuanto a la contemplación –que no se opone a la acción, sino que mueve espontánea y necesariamente a ella–, Illanes subraya su condición de dimensión connatural a toda existencia cristiana. En los escritos de san Josemaría la expresión “vida contemplativa” designa “no una vida determinada o específica, diversa respecto a otros modos cristianos de vivir, sino más bien la vida concreta que a cada uno le corresponde afrontar, en la medida que va siendo informada, cada vez más profundamente, por las virtudes teologales, hasta hacer de ella una continua oración” (p. 317). La contemplación en medio del mundo es posible cuando se vive teologalmente la propia existencia, cuando el cristiano contempla a Dios detrás de cada acontecimiento, y trata de corresponder siempre al amor divino que recibe.

En definitiva, el libro constituye una introducción a la reflexión teológica sobre algunos aspectos esenciales del espíritu del Opus Dei. El autor realiza una lectura atenta de los textos de san Josemaría para hacer emerger su denso contenido teológico y su relación con el dato revelado. Tratándose de una experiencia pionera, la obra es de lectura necesaria para cuantos intenten estudiar teológicamente los escritos y el carisma del santo fundador; y, también, muy aconsejable para todos aquellos que procuran vivir el espíritu transmitido por san Josemaría.

Vicente Bosch

Alberto RAVENTÓS, *Josemaría Escrivá de Balaguer: una devoción popular*, Chía, Centro de Documentación Josemaría Escrivá de Balaguer, Universidad de La Sabana, 2003, 540 pp.

Alberto Raventós se doctoró en Teología en la Universidad de Navarra con un estudio sobre *La oración en los escritos espirituales de Juan de Palafox y Mendoza* (1977). Fue Vice Gran Canciller de la Universidad de La Sabana desde 1981 a 1992. Ha escrito diversos trabajos sobre el fundador del Opus Dei, entre los que se encuentra la obra que aquí se comenta. El libro comienza con un prólogo de Álvaro Mendoza, rector de la Universidad de La Sabana, y una presentación del autor. Luego comprende seis capítulos y conclusiones, dos anexos y bibliografía.

El primer capítulo está dedicado al estudio de “Las devociones populares” (pp. 17-27). El autor analiza diversos significados de las palabras “devoción” y “popular”. Utiliza como fuentes, entre otras, escritos del CELAM, del entonces card. Ratzinger y de S.S. Juan Pablo II. El estudio parte de definir devoción como un “acto de la virtud de la religión”, que consiste en “el movimiento pronto de la voluntad que se ofrece al servicio de Dios”. Por tanto, “una devoción será popular en la medida que lo sea para la mayor parte de un pueblo, no de un sector del mismo, y que llegue a la gente común en una cantidad apreciable” (p. 17). Luego se explica la diferencia entre una verdadera y una falsa devoción: la primera está sancionada por la autoridad eclesial. El concepto “religiosidad popular” es el más difundido en la actualidad –y el que abarca más elementos– para denominar las expresiones de la piedad del pueblo. Por otra parte, el autor señala que esta acepción es amplia, pues “se refiere a la dimensión religiosa de todo hombre [...] y puede tener o no relación con la revelación cristiana” (p. 21).

El segundo capítulo se titula “La geografía social en nuestra investigación” (pp. 29-38). En él se explican algunas características de la geografía humana y teorías sobre la difusión de las innovaciones, el método utilizado en el estudio y los datos que se exponen en los siguientes capítulos del libro. El estudio estadístico y geográfico relaciona superficie territorial, población urbana y rural, nivel socioeconómico y actividades o profesiones de los habitantes del sector, con la información sobre la devoción a san Josemaría. Las cifras de población del país están tomadas de los censos de 1985 y 1993. Los datos sobre la devoción a Josemaría Escrivá de Balaguer han sido obtenidos de la oficina de información del Opus Dei y se refieren a las suscripciones a la *Hoja Informativa* sobre Josemaría Escrivá de Balaguer, comunicaciones de favores recibidos o pedidos a través de su intercesión y otros escritos relacionados, desde 1975 a 1996. La información es presentada en tablas y mapas temáticos. El autor denomina “difusión espontánea” o a modo de “manchas de aceite”, el modo como se ha extendido esta devoción, con las características propias de un fenómeno popular de esta índole.

El tercer capítulo, “El beato Josemaría Escrivá de Balaguer” (pp. 39-45), ofrece una breve biografía y trata de la difusión de su fama de santidad –y por tanto, de intercesor– por todo el mundo.

El cuarto capítulo analiza “La devoción al beato Josemaría Escrivá de Balaguer en los 32 departamentos de Colombia” (pp. 47-370). Se detallan los datos de cada departamento –unidad administrativa del territorio colombiano– y se relacionan con los de la devoción a Josemaría Escrivá, que se presentan a través de mapas temáticos. Al final, se ofrecen las conclusiones de los datos.

El quinto capítulo aborda “La devoción al beato Josemaría Escrivá de Balaguer en las 20 ciudades de mayor población de Colombia” (pp. 371-498): el estudio hecho sobre cada departamento se centra ahora en los lugares más representativos del país. De cada ciudad se ofrece una breve historia, un mapa temático (barrios con signos de devoción), tablas de datos, un análisis de los mismos y conclusiones (estos dos últimos comentarios no aparecen referidos a todas las ciudades).

El sexto y último capítulo ofrece una visión general de “La devoción al beato Josemaría Escrivá de Balaguer en toda Colombia” (pp. 499-517). Se describe primero la geografía humana y la situación económica del país. Luego se reúnen los datos estudiados por departamentos, de modo que se ofrece una visión global de la extensión de la devoción. Los aspectos tratados son los siguientes: tipos de favores obtenidos o solicitados a su intercesión, devoción según el tipo de población (urbana o rural), crecimiento anual del número de personas que acuden al santo, nivel socioeconómico y actividades o profesiones de los devotos, difusión de la devoción.

Finalmente se ofrecen algunas conclusiones de la investigación (pp. 519-521). Como señala el autor, es difícil cuantificar la devoción a Josemaría Escrivá –por ejemplo, el acceso a la *Hoja Informativa* no se reduce a los suscriptores–, pero cabe destacar que está extendida en el 98,27% de la superficie del país y llega al 0,35% de la población total del 1996 (116.090 personas). El periodo en el que se produjo un mayor crecimiento anual de personas que conocen la figura de Josemaría Escrivá fue entre 1977 y 1980. La devoción se encuentra diseminada en forma uniforme entre la población urbana y rural, entre los distintos estratos socioeconómicos y las diferentes profesiones de las personas que la conocen. En otras palabras, puede calificarse de popular.

En el anexo I se presentan cinco tablas de datos sobre la devoción a san Josemaría en el mundo (pp. 522-530): países e idiomas en los que se ha editado la estampa con la oración para acudir a su intercesión, países e idiomas en los que se publica la *Hoja Informativa*, países de los que se recibieron comunicaciones por la *Hoja Informativa* publicada en Colombia y por favores obtenidos por su intercesión, obras de Josemaría Escrivá y ediciones en diferentes idiomas y países, biografías del entonces beato.

En el anexo II (pp. 531-538) se publican catorce fotografías de imágenes de Josemaría en diversas catedrales e iglesias colombianas, en sellos de correos editados, y en *Hojas Informativas*.

El libro termina con dos páginas de bibliografía general sobre el actual santo y el Opus Dei.

Estamos, por tanto, ante una obra de interés, por el tipo de investigación que se ha llevado a cabo, por la extensión territorial a la que se refiere y por los resultados que ofrece. La documentación que aporta es exhaustiva sobre la devoción a san Josemaría Escrivá de Balaguer en Colombia. Es una de las escasas monografías que aborda el análisis del Opus Dei en su vertiente sociológica, estudiando cuál ha sido el impacto social de un fenómeno religioso-espiritual. Se inscribiría, por tanto, en la metodología de la sociología religiosa, que está en el panorama historiográfico desde hace algunos decenios. Así, pues, esta obra supone una novedad en los escritos dedicados a san Josemaría y a la institución fundada por él, mostrando un modelo metodológico que puede ser de utilidad para futuros trabajos.

Carmen-José Alejos

Félix CARMONA MORENO, *Apuntes de ejercicios espirituales con san Josemaría Escrivá*, San Lorenzo del Escorial (Madrid), Ediciones Escorialenses, 2004, 2ª ed., 135 pp.

El agustino p. Félix Carmona asistió a unos ejercicios espirituales predicados por san Josemaría en El Escorial en 1944 y tomó diversas notas, que, en 2003, publicó con el título *Apuntes de ejercicios espirituales con san Josemaría Escrivá*. En esta segunda edición el autor amplía su visión de la figura de san Josemaría y de esta manera encuadra mejor el núcleo de su aportación: los singulares y valiosos apuntes. “En verdad se trata de unos sencillos apuntes de unas pláticas de meditaciones que un personaje tan importante, un santo, predicó en nuestra comunidad. Son muy espontáneos, sin artificio literario, primeramente porque en mi estilo no entraba el rebuscar formas, sino ser fiel, en lo posible, a la exposición del predicador y luego porque los hacía para uso personal en la propia meditación de aquellos días. Por eso mismo no he querido retocarlos, ni hacer algo nuevo. Apenas alguna nota u observación, traducir los textos latinos, reducir algunos puntos suspensivos y anotar la mayoría de las notas bíblicas. Estos apuntes son, por tanto, la transcripción literal de los que tomé en su día después de cada una de las meditaciones expuestas por el p. Josemaría Escrivá. Los conservo en dos cuadernillos «de fabricación casera», escritos a lápiz y en mal papel, el que había en aquellos años de la posguerra” (pp. 9-10).

El libro se divide en tres partes. Las dos primeras, una biografía de Josemaría Escrivá y la relación existente entre el santo y algunos agustinos, sirven como presentación de la tercera, el conjunto de notas de la predicación de san Josemaría tomadas por el autor, Félix Carmona Moreno.

La biografía del santo ayuda a entender con más alcance los puntos de mayor importancia de su mensaje espiritual. No pretende aportar nada nuevo, por ello se

remite a otros estudios publicados. Cita especialmente la primera biografía de A. Vázquez de Prada (*El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983) y la de J. F. Coverdale (*La Fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002). Quizá habría podido añadir la nueva obra de Vázquez de Prada en tres volúmenes, junto a otras.

El dato más relevante es la referencia a la predicación de ejercicios espirituales. Efectivamente durante la década de los años cuarenta san Josemaría imparte un buen número de tandas semanales de retiros espirituales. ¿Cómo eran esos retiros? Nuestro autor afirma: “sus pláticas tenían un tono muy cercano. El empleo singular del tú, las hacía más directas, más personales. Por otra parte, no buscaba la retórica o la expresión elegante, sino más bien la palabra incisiva, que llegaba al corazón. En el centro de sus reflexiones siempre estaba Cristo, de ahí que utilizara continuamente la Biblia, particularmente el evangelio y algunos salmos. [...] Además iluminaba la doctrina con ejemplos prácticos, tomados muchas veces de la propia experiencia pastoral” (pp. 34-35).

La experiencia personal del autor es corroborada por las afirmaciones de otros testigos, como se recoge en otras publicaciones, por ejemplo, *Así le vieron* (Rafael Serrano [ed.], *Así le vieron: testimonios sobre monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1992), y *Un hombre de Dios* (AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre de Dios: testimonios sobre el fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994), y por los propios asistentes a aquellos ejercicios espirituales: “mis viejos compañeros de aquel mes de octubre de 1944, al hojear o leer mis humildes apuntes, manifiestan hoy su asentimiento y comparten el imborrable recuerdo de aquella experiencia, de aquella lección y testimonio de vida espiritual con san Josemaría” (p. 36). En este sentido, ofrece algunos testimonios ya publicados, entre los que destaca la carta de 26 de octubre de 1944 del p. Carlos Vicuña, provincial de los Agustinos, a d. Álvaro del Portillo, que resume el sentir unánime de los participantes en los ejercicios: “Todos sin excepción estaban pendientes de sus labios, sin respirar, como suele decirse; sus conferencias de 30 a 35 minutos les parecían solo diez, cautivados por aquel torrente de fervor, entusiasmo, sinceridad y efusión del corazón. «Le sale de dentro, habla así porque tiene vida y fuego interior»; «es un santo, un apóstol»”, entre otras expresiones (p. 38).

La segunda parte del libro analiza la relación de san Josemaría con El Escorial y los Agustinos. En tres ocasiones permanece en el monasterio, al menos nueve días: junio de 1944, para dirigir los ejercicios espirituales preparatorios a la ordenación sacerdotal de los tres primeros fieles del Opus Dei que accedían al ministerio; octubre del mismo año, durante los ejercicios predicados a la comunidad agustina y que son objeto de esta publicación; y unos días de retiro personal entre el 25 y 31 de octubre de 1947. En todos los casos acompañaba al huésped el p. José Llamas Simón, que deja un testimonio escrito sobre san Josemaría y algunas cartas. Aparecen también otros testimonios escritos sobre el santo, como simple muestra de la amistad y reconocimiento mutuos: mons. José López Ortiz, el p. Eduardo Zaragüeta y las agustinas recoletas del monasterio de Santa Isabel de Madrid.

Aquí comienza la tercera parte del libro, su núcleo. San Josemaría predica unos ejercicios espirituales a la comunidad de agustinos de El Escorial en octubre de 1944, como pago amistoso de un favor (p. 14). Uno de los participantes toma nota de las meditaciones en unos cuadernillos, los conserva a lo largo de los años como un precioso tesoro y ahora nos los ofrece, con motivo de la canonización del fundador del Opus Dei y para provecho de las almas.

Se trata de notas de la predicación oral tomadas por una tercera persona. Sin embargo, dejan traslucir algunos rasgos de san Josemaría, tanto de su oración como del contenido y forma de su predicación. Lógicamente sólo un análisis de las notas y los guiones de san Josemaría, o una comparación de estos apuntes con otras notas o con las obras publicadas del santo puede llevar a conclusiones más precisas. Pero el testimonio y el material que ofrece este libro dan pie para algunas afirmaciones de valor.

Desde el punto de vista formal, en los apuntes se refleja el estilo de predicación muy directo, propio de san Josemaría. De una parte se dirige a Dios de manera apasionada, como un enamorado de Jesucristo. De otra, interpela al oyente con preguntas que ponen delante de Dios y de uno mismo, y exigen una respuesta dialogada. Con una actitud de sinceridad total delante de Dios, se van analizando los distintos aspectos de la vida cristiana al hilo de la Sagrada Escritura. Muchas de las escenas evangélicas y de los ejemplos gráficos comentados se recogen en las obras de san Josemaría: el ciego de Jericó que pide a Jesús: *Señor, que vea*; el: *erat subditus illis*, como muestra de la obediencia de Jesús, que estaba sujeto a María y José; la pesca milagrosa; los tres caminos que conducen a la eternidad feliz o desgraciada, según el sueño de un escritor del Siglo de Oro; la fotografía que se deja como recuerdo al marchar, como ejemplo pobre del amor humano frente al amor omnipotente de Cristo, que se va pero se queda realmente en la Eucaristía; la cruz de palo sin el crucifijo porque ese crucifijo que falta *debes ser tú*, etc.

Respecto al contenido, a lo largo de los ocho días predica un total de 24 meditaciones. En el horario aparecen cuatro meditaciones cada día: “7.00 meditación; 12.30 plática-meditación; 5.00 plática-meditación; 8.30 plática-meditación”. En la primera meditación se leía en voz alta “El religioso en soledad o Ejercicios espirituales”, obra de Juan Nicolás Chiesa, religioso agustino italiano del siglo XVIII (p. 10), el resto correspondía a san Josemaría.

Además de una plática preliminar, el temario de las meditaciones según los títulos que aparecen es el siguiente:

Día Primero: 2ª *Repetición del tema anterior: Fin del hombre, fin del religioso*; 3ª *Fe operativa, fe sacrificada, fe humilde*; 4ª *El pecado*.

Día Segundo: 2ª *Jesús te llama*; 3ª *Necesidad de la santidad*; 4ª *La muerte*.

Día Tercero: 2ª *Anunciación del Arcángel Gabriel. La Encarnación*; 3ª *El nacimiento de Jesús*; 4ª *La Obediencia*.

Día Cuarto: 2ª *La caridad*; 3ª *Las dos banderas*; 4ª *El celo por la Gloria de Dios*

Día Quinto: 2ª *Importancia de la virtud en las cosas pequeñas*; 3ª *Los tres binarios de hombres de san Ignacio*; 4ª *Llamada a la santidad*.

Día Sexto: 2ª *Otro paso hacia la santidad*; 3ª *La Santa Eucaristía*; 4ª *Pasión de Cristo*.

Día Séptimo: 2ª *La oración*; 3ª *La mortificación*; 4ª “Enviaré muchos pescadores y los pescarán”, *Jer 16,16*

Día Octavo: 2ª *La Resurrección del Señor*; 3ª *La perseverancia final*.

La clave de la espiritualidad expuesta en los ejercicios es la santidad. “Dedicó tres meditaciones sobre el tema de la santidad: «Necesidad de la santidad», «La santidad nos la inculca el Espíritu Santo» y «Otro paso hacia la santidad». Es una santidad recia, amorosa, pero nada sensiblera, todo lo contrario. «Se nos pide ser santos, pero no hacer milagros ni cosas extraordinarias..., basta saber sobrenaturalizar los actos ordinarios y, si lo haces bien, no es poco»” (p. 40).

El centro de la predicación es Jesucristo. La consideración de su vida y sus enseñanzas es el modelo de toda la vida cristiana: las virtudes, la oración, el sacrificio, el apostolado, etc. Pero san Josemaría, como todos los santos, tiene una visión del misterio de Cristo en cierta medida propia o específica. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, ilumina la vida ordinaria de los hombres, lo de cada día, lo que a cada uno le toca dentro de la historia de la humanidad y de la Iglesia. El cristiano en Cristo y por el Espíritu Santo puede hacer extraordinaria (sobrenatural) toda su vida corriente. Esto se pone de manifiesto en la meditación sobre la vida oculta de Cristo (día quinto) titulada: *Importancia de la virtud en las cosas pequeñas*. “Nada extraordinario aparece en la vida oculta de Jesús. Todo muy natural y humano. [...], pero aunque haga lo que los restantes hombres, lo hace con una gran sobrenaturalidad. En eso quiere y desea Jesús que le imitemos, en hacer las mismas obras que los demás, pero sobrenaturalizándolo todo. Nos pide que seamos santos. [...] Para ser santos nos pide hacer bien las cosas ordinarias de la vida, es decir, sobrenaturalizar todos nuestros actos naturales y basta. ¡Basta!, ¿eh?, y no es poco. Para hacer con perfección eso que llamamos pequeño se necesita una voluntad muy fuerte, férrea y un constante vencimiento” (p. 108). Se trata de un elevar efectivamente toda la vida (cada uno de sus actos) a la condición nueva de cristianos que recibimos con el bautismo.

Este mensaje, en la vida y misión de san Josemaría se dirige especialmente a los laicos. ¿Cómo lo adapta en la predicación a una comunidad de religiosos? Las referencias continuas que aparecen en muchas meditaciones a la vocación divina de los oyentes, al carisma recibido –“Somos religiosos. ¿Qué fin nos hemos propuesto al querer pronunciar la fórmula de consagración a Dios en la Orden Agustiniiana?” (p. 76)–, muestran que ese mensaje se debe vivir cumpliendo cada uno el papel que le corresponde dentro de la Iglesia y, por tanto, en el caso de los religiosos, con la observancia de la regla, hasta el detalle, en lo pequeño, y eso cada día. En *Llamada a la santidad*, expone cómo la santidad nos la inculca el Espíritu Santo, uniéndonos a Cristo: “Estarás unido a la vid, serás uno con Jesús, si cumples la regla, constituciones y consejos, y de ese modo tendrás seguro tu abundante fruto. Y no creas que basta

estar unido en las cosas más principales, no, todo es principal, y si con todas ellas no te unes, tu fruto será raquítico, no llegará a su perfecta madurez” (p. 112). En *El celo por la Gloria de Dios* llama a la vigilancia, pero “¿cómo vigilarás? Esforzándote en cumplir bien el apostolado que te encomendará tu Señor y ese es al que te dedique la Orden a que perteneces; si al estudio, pues a estudiar con ahínco y tesón, porque eso es apostolado; si a la oración, con la oración porque así también se ejerce el apostolado” (pp. 104-105).

En definitiva, se trata de una interesante aportación al conocimiento de la predicación oral de san Josemaría, un aspecto importante de su figura y acción apostólica, para el que contamos todavía con escasos documentos publicados.

Pablo Marti